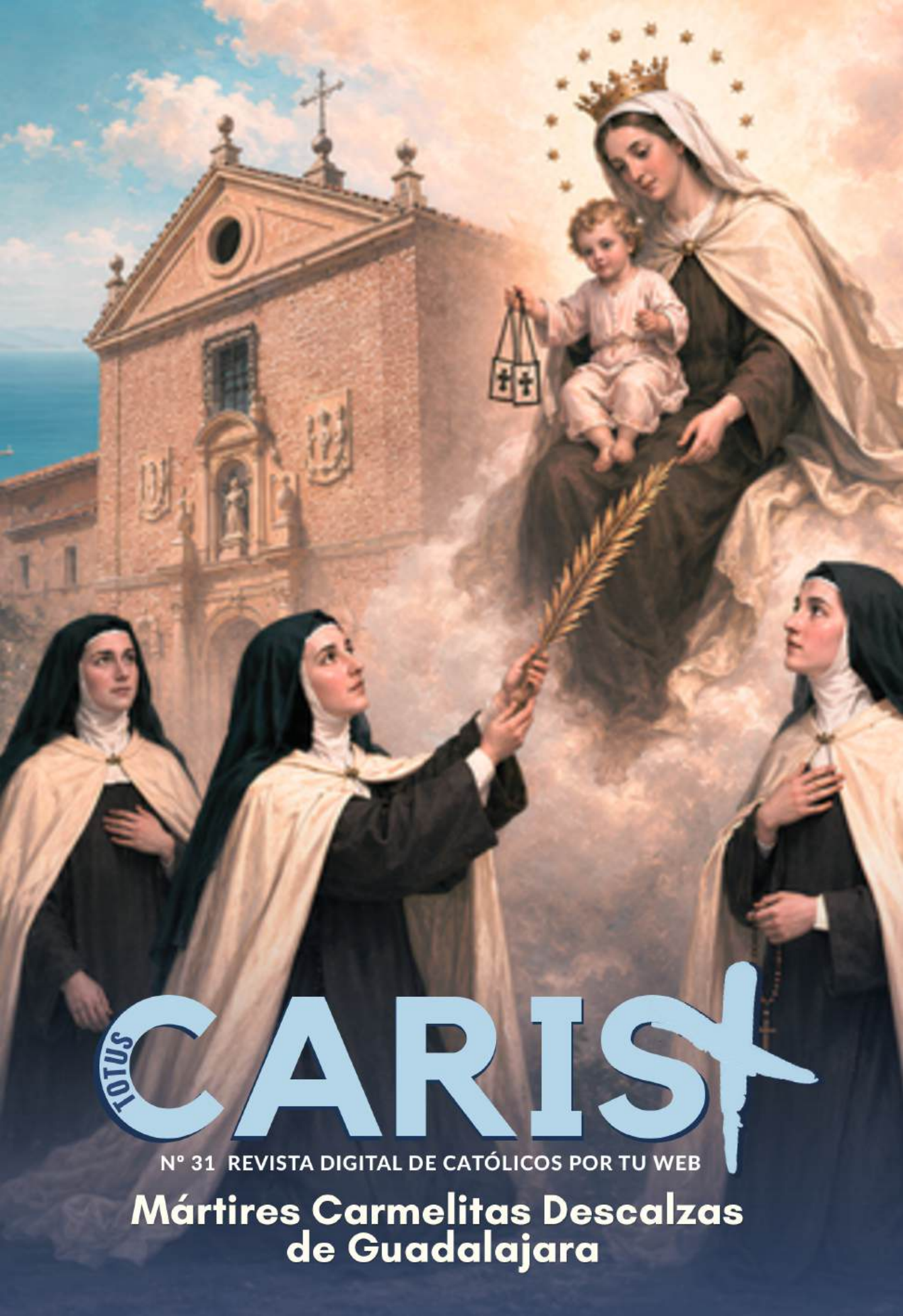


TOTUS CARIS

Nº 31 REVISTA DIGITAL DE CATÓLICOS POR TU WEB

Mártires Carmelitas Descalzas de Guadalajara

TOTUS CARIS® 31

REVISTA DIGITAL DE CATÓLICOS POR TU WEB

CATÓLICOS
POR TU WEB
diseño & comunicación

MÁRTIRES CARMELITAS DE GUADALAJARA

Beatas M.ª Pilar de San Francisco de Borja,
Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz
y M.ª Ángeles de San José

Fotografía: Carmelitas Descalzas, San José (Guadalajara)
Texto y diseño: Católicos por tu web (www.catolicosportuweb.es)

1

Donde arraigó el Carmelo

De Arenas de San Pedro a Guadalajara: cuatro siglos de vida escondida, memoria y fidelidad carmelitana

Hablar de las tres carmelitas mártires de Guadalajara exige volver mucho antes de 1936. No basta con llegar a la tarde en que la historia se quebró sobre ellas. Antes hubo una casa, una tradición, una memoria sostenida durante siglos y una forma de vida que, en silencio, fue modelando almas hasta hacerlas capaces de una entrega total.

El Carmelo de Guadalajara hunde sus raíces en una historia antigua donde se cruzan la voluntad de una fundadora, el deseo de recogimiento de unas mujeres, la fidelidad a la reforma teresiana y el lento trabajo de la Providencia. Antes de asentarse en Guadalajara, aquella comunidad había comenzado su camino en Arenas de San Pedro (Ávila), bajo la sombra de doña Magdalena de Frías y de Arias, mujer que quiso levantar un monasterio para gloria de Dios, honra de la Virgen y amparo de doncellas honradas, principales y pobres.

La intención de fundar ya había rozado en vida a santa Teresa. Pero la Santa Madre no aceptó entonces una casa levantada bajo una obediencia que no fuera la propia de la Orden. Aquella negativa, lejos de apagar el proyecto, lo purificó. Como tantas veces sucede en las historias de Dios, lo que parecía una puerta cerrada fue en realidad una espera.

El futuro Carmelo de Guadalajara nacería de ese cruce delicado entre iniciativa humana, fidelidad carmelitana y tiempo madurado.
El testamento de doña Magdalena, otorgado en 1591, fue la piedra escrita sobre la que empezó a edificarse la memoria. En él disponía la fundación de un monasterio y dejaba sus bienes al servicio de aquella casa futura. No pensaba solo en levantar muros, sino en abrir un espacio de recogimiento y salvación; un lugar donde la vida quedara ordenada hacia Dios, protegida del ruido del mundo y ofrecida como oración.

Entre 1591 y 1594 se construyó la casa abulense. El 11 de junio de 1594, entró en ella la primera comunidad que procedía del convento de la Concepción de Alcalá fundado por la beata granadina, Hna. María de Jesús Yepes; aún no integradas plenamente en la reforma teresiana. Pero la vida, cuando es verdadera, tiene su propia dirección interior. Poco a poco, la comunidad fue inclinándose hacia la obediencia carmelitana, hasta quedar incorporada a la Orden en enero de 1598. La antigua crónica dirá que todo se hizo con solemnidad y consuelo de las religiosas.

Desde entonces, la comunidad fue creciendo. Llegaron nuevas religiosas, se consolidó la observancia y aparecieron nombres que unirían para siempre la primera casa de Arenas con la futura de Guadalajara. Pero la estabilidad espiritual no siempre basta para sostener una casa sobre la tierra. La renta era escasa, la vida material difícil y la distancia hacía penosa la asistencia ordinaria de los religiosos descalzos. El convento tenía alma, pero necesitaba suelo firme y ese suelo fue Guadalajara.

Salieron de Arenas a principios de abril de 1619 llegando a la ciudad de destino pocos días después. *"Mal acomodadas de casa e iglesia"* estuvieron hasta 1621. Pasaron por alojamiento provisional mientras se preparaba la nueva casa bajo el patronazgo de los duques del Infantado. La comunidad no dejó atrás su historia como quien abandona una piel vieja. Llevó consigo su memoria, su obediencia, sus libros, sus costumbres, sus nombres, sus muertos, sus votos y su modo de mirar a Dios. Guadalajara no fue un comienzo, sino una nueva tierra para la misma raíz.

Protomonasterio de San Juan Bautista, en Arenas de San Pedro, Ávila. (imágenes 1-3)

1

Retablo de San Juan Bautista, procedente del protomonasterio. Actualmente preside la sala capitular del Monasterio de San José de Guadalajara, España.

2

3

Escudo de los Mendoza, conservado en el coro alto de la iglesia desde su fundación.

Hermana Leonor, biznieta de la fundadora, retratada como Santa Eufrasia tras entrar en el Carmelo.

D. Íñigo López de Mendoza, V duque del Infantado.

Doña Ana de Mendoza, VI duquesa del Infantado.

CURIOSIDADES

El Carmelo de la Imagen: las primeras madres de Arenas

El protomonasterio de Arenas de San Pedro no recibió sus primeras religiosas de Ávila, sino del convento de la Concepción de Alcalá de Henares, conocido como Carmelo de la Imagen. De allí salió la primera comunidad que, el 11 de junio de 1594, entró en la nueva casa de San Juan Bautista de Arenas, dando comienzo efectivo a la vida carmelitana del monasterio.

La primera priora y fundadora fue madre Ana de la Madre de Dios, natural de Hita y profesa del Carmelo de la Imagen. La acompañaron madre Isabel de la Concepción y madre Ana de San José, también procedentes de Alcalá. Aquellas religiosas iniciaron la vida regular en Arenas en condiciones todavía anteriores a la plena incorporación a la Reforma teresiana, pues dependían del ordinario diocesano y no aún de la obediencia directa de la Orden.

Ese paso llegaría pocos años después: el 13 de enero de 1598, el monasterio de Arenas quedó incorporado a la obediencia carmelitana. Así, la casa que nació con religiosas venidas del Carmelo de la Imagen terminó entrando plenamente en el cauce de la Santa Madre, antes de que su historia desembocara, en 1615, en el traslado definitivo a Guadalajara.

Monasterio de San José, Carmelitas Descalzas.
Guadalajara (España)

Tránsito

Refectorio

Fachada

EL CRUCIFIJO DE LA CELDA

Entre las memorias antiguas del Carmelo de San José de Guadalajara se conservaba la noticia de un crucifijo vinculado a los años en que el convento aún se estaba ampliando. Una religiosa, fatigada por las obras, entró un día en su celda y, según la tradición conventual, el crucifijo se desclavó para estrecharle el brazo como gesto de consuelo. No se conoce el nombre de la religiosa ni la fecha exacta. La memoria sitúa el suceso antes de los trienios de madre María Ana de San José, fallecida en 1731, cuando el convento seguía creciendo con ayudas como las del duque del Infantado. Aquella tradición quedó entre los pequeños signos espirituales por los que San José de Guadalajara fue recordado como «el relicario de la provincia».

APUNTES DEL CARMELO DE GUADALAJARA

REFUGIO DE LAS JERÓNIMAS

Durante la ocupación francesa, en torno a 1809, el Carmelo de San José acogió a las monjas jerónimas expulsadas de su convento, situado frente al palacio del Infantado. Vivieron separadas dentro de la clausura carmelita, ocupando espacios del noviciado y algunas celdas, y compartieron con las descalzas la pobreza, la oración y algunos oficios, como el de Tinieblas.

El monasterio con el cambio de localización trocó la advocación de su titular: antes San Juan Bautista y ahora, San José, que fue una condición puesta por los Duques del Infantado al tomar el patronazgo de la fundación. Así quedó ligado el Carmelo de San José, al amparo de una de las grandes casas nobiliarias de la ciudad. Pero la verdadera historia del convento no se escribió solo en escrituras de patronazgo ni en nombres ilustres. Se escribió, sobre todo, en una fidelidad diaria, casi invisible. En casas así, los siglos no avanzan a golpe de grandes acontecimientos, sino al ritmo de una campana, de un coro abierto en la penumbra, de una lámpara ante el Sagrario, de una celda pobre y de unas manos que trabajan sin ruido.

Durante los siglos XVII y XVIII, San José de Guadalajara llegó a ser conocido en el ambiente de la reforma teresiana como una especie de relicario de la provincia. No tanto por la riqueza de sus muros como por la sucesión de almas santas que lo habitaron y dejaron en él el perfume de sus virtudes. Muchas de aquellas mujeres quedaron ocultas en el secreto de Dios. Sus nombres apenas cruzaron la frontera del convento. Pero la memoria interna conservó algunos destellos.

Nos hemos de desocupar de todo
para llegarnos interiormente a Dios
Teresa de Jesús.

También el patronazgo de los duques del Infantado dejó huella profunda en la vida de la comunidad. El convento fue un lugar unido a la ciudad y a sus grandes familias. En torno a San José aparecen nombres como el de don Juan de Dios de Silva y Haro, duque del Infantado, protector de frailes y monjas, hombre marcado por las tensiones políticas de su tiempo y por una piedad sincera que lo llevó a querer ser enterrado con sobriedad en la clausura carmelitana. La casa ducal y el Carmelo quedaron unidos por vínculos de protección, memoria y afecto. Bajo los mármoles y bajo la oración de las monjas, la historia nobiliaria y la historia contemplativa se rozaban en silencio.

Pero la paz de los claustros nunca estuvo completamente a salvo de la tempestad exterior. La guerra de Sucesión, los cambios de dinastía, las tensiones políticas y religiosas del siglo XVIII fueron dejando señales en la vida del convento, aunque muchas noticias se perdieron. El archivo de la comunidad sufrió los golpes de los tiempos. La historia se volvió a veces fragmentaria, como si algunas páginas hubieran sido arrancadas por la violencia o por el miedo. Y, aun así, lo esencial permaneció: la comunidad siguió rezando, obedeciendo, trabajando y sosteniendo su vida escondida.

La gran prueba llegó con la Guerra de la Independencia. En 1808, mientras las tropas napoleónicas ocupaban España y la ciudad de Guadalajara vivía horas de desconcierto, las carmelitas tuvieron que salir de su convento. La salida fue dolorosa y confusa. Hubo que ocultar archivos, vasos sagrados y objetos preciosos; hubo que decidir con prisa qué podía salvarse y qué quedaba expuesto a la profanación o al saqueo. Casi todas las comunidades salieron aquel día, pero las carmelitas lo hicieron solas, sin más carruaje que sus propios pies.

La escena conserva una fuerza casi bíblica: monjas de clausura, acostumbradas al silencio del convento, caminando por caminos inseguros, entre gritos, lágrimas, rumores de tropas y miedo. Primero pasaron la noche en casas conocidas.

"La vida de Comunidad, por la que todas las Carmelitas se unen a Cristo como en una familia especial, se ordenará de modo que sirva a todas de ayuda mutua para el cumplimiento de la propia vocación."

Constituciones

Después, acompañadas por religiosos y con carros prestados, salieron hacia Pastrana. Al entrar en la ciudad, se encontraron con el duque del Infantado, que se acercó a ellas conmovido y les ofreció su protección, su palacio y trigo para su sustento. Aquel gesto no fue solo cortesía nobiliaria. En medio de una España herida, el antiguo vínculo entre el Carmelo y la casa del Infantado volvía a hacerse providencia concreta.

En Pastrana se reunieron con otras carmelitas. Llegaron a juntarse cuarenta y ocho descalzas procedentes de distintas comunidades. Allí organizaron como pudieron su vida. La clausura se había quebrado por fuera, pero por dentro intentaban salvar almas. Donde había unas cuantas carmelitas reunidas, volvía a levantarse un Carmelo.

Ni siquiera allí faltaron sobresaltos. Corrió el rumor de que venían los franceses y tuvieron que huir de nuevo de noche, a pie, camino de Almonacid, entre frío y escarcha. Sus capas parecían paños, y un barquero compasivo les encendió una hoguera para calentarlas. Después supieron que la alarma había sido falsa y regresaron.

En enero de 1809 comenzó el regreso. Una de las hermanas, Teresa del Pilar, quedó en Pastrana enferma y murió allí poco después. Las demás emprendieron el camino de vuelta. Al llegar a Guadalajara encontraron su convento sucio, maltratado, ocupado por señales de la soldadesca. Se habían quemado puertas, ropa blanca, mantos de la Virgen de la Soledad, casullas y otros objetos. Sin embargo, San José seguía presidiendo un altar en medio del coro. La iglesia estaba intacta. Aquello debió de parecerles una respuesta silenciosa. Todo podía estar desordenado, empobrecido o roto, pero el corazón de la casa permanecía.

La primera temporada después del regreso fue de mucha pobreza. Algunas personas principales del lugar les llevaban comida; a veces no había ni para una sopa de pan. Faltaban tarimas y las monjas dormían sobre corcho o sobre pedazos de alfombra. Tuvieron que vender objetos de plata, lámparas, arañas, vinajeras, custodias y tierras para sostener la manutención.

LA CLAUSURA QUE SALIÓ A LOS CAMINOS

Durante la ocupación napoleónica, muchas monjas contemplativas tuvieron que abandonar de golpe la clausura: carmelitas, clarisas, jerónimas, dominicas o concepcionistas salieron de sus conventos con lo imprescindible, a veces de noche y entre miedo. Lo más llamativo es que, incluso refugiadas en casas particulares, palacios o conventos ajenos, intentaban conservar la vida regular: rezaban el Oficio, mantenían la obediencia, la vida común y el espíritu de clausura. Los muros habían caído, pero ellas procuraban que el monasterio siguiera vivo por dentro.

Pero lo que más dolía no era la pobreza material, sino tener al Señor en el Sagrario sin aceite suficiente para la lámpara. Hasta que, compadecido, un superior dejó el Santísimo Sacramento en un tabernáculo del coro alto, lugar más seguro, y unos bienhechores dieron lo necesario para mantener encendida la luz.

En 1809 fueron expulsados de su convento los padres carmelitas de Guadalajara, y las monjas recibieron la noticia con dolor y amor indecible. También se vieron privadas de confesarse con ellos teniendo que acudir al clero secular.

En 1813, cuando las victorias contra las fuerzas napoleónicas permitieron cantar el *Te Deum* en tantas ciudades de la monarquía, también San José pudo respirar de nuevo. Pero el siglo XIX no iba a ser un siglo fácil para los conventos. Después de la guerra vendrían cambios políticos, constituciones, exclaustraciones, prohibiciones y nuevas tensiones entre la Iglesia y el poder civil. Las armas de Napoleón habían salido de España, pero el espíritu revolucionario y las crisis religiosas seguirían dejando su huella.

En los años del Trienio Liberal, la comunidad sufrió nuevas limitaciones. Se prohibió recibir hábitos y profesiones, y se dificultó la vida ordinaria de los conventos. Una novicia perseveró durante aquel tiempo con una fidelidad conmovedora, esperando hasta que pasara la prueba. También se interrumpieron elecciones y oficios regulares, hasta que la situación política permitió recuperar poco a poco la normalidad. El Carmelo volvió a mostrar una de sus notas más hondas.

Monasterio de las Carmelitas Descalzas, Azcoitia (Gipuzcoa)

A lo largo del siglo XIX, San José de Guadalajara conservó su fama de casa fiel a la Orden y a su espíritu. Mientras España atravesaba luchas fratricidas, cambios de régimen y heridas religiosas, el convento seguía siendo un pequeño relicario de vida escondida. Hubo pérdidas, estrecheces, cambios y sufrimientos; pero también hubo vocaciones, profesiones, objetos ofrecidos con amor, imágenes veneradas, trabajos humildes y una continuidad que no se rompió.

Casi en el umbral del siglo XX, San José de Guadalajara recibió la misión de dar lo que había recibido. En 1899, desde la tierra vasca llegó la petición de fundar un Carmelo en Azcoitia, en el corazón de Guipúzcoa, no lejos de Loyola. La comunidad de Guadalajara, que durante siglos había sido sostenida por otras manos, debía ahora convertirse en madre fundadora. Para aquella empresa se eligió a una religiosa anciana, firme y probada: madre María Dolores de San Eliseo, que había regido la comunidad durante varios trienios.

El grupo fundador salió de Guadalajara el 23 de agosto de 1899; eran seis carmelitas. Las acompañaban religiosos de la Orden. Tomaron el tren, llegaron a Zumárraga y después a Azcoitia, donde las esperaba una comitiva del concejo, el cabildo eclesiástico, el ayuntamiento y el pueblo. Entraron bajo arcos verdes, entre música, campanas y cohetes. La fundación parecía comenzar con solemnidad y esperanza.

En un nuevo marco guipuzcoano, las carmelitas comenzaron a vivir una vida de oración y retiro. Sin embargo, surgió la dificultad económica. Las obras habían llegado a consumir los recursos, y se acumulaban deudas importantes. En 1903 lograron inaugurar convento e iglesia.

Mientras aquella semilla crecía en Azcoitia, en Guadalajara se llenaban de nuevo algunas plazas vacías. Entre las jóvenes religiosas de aquellos años destaca un nombre decisivo para nuestra historia: madre Araceli del Santísimo Sacramento, nacida Severiana Martínez García. Había ingresado en San José en junio de 1893, a los veinte años, profesando al año siguiente. Fue excelente organista, alegre, graciosa en sus ocurrencias, agradable en el trato y, al mismo tiempo, fervorosa y recogida. Las madres antiguas la llamaban con cariño *"la venerable Araceli"*.

Su vida enlaza directamente la historia larga del Carmelo con las tres mártires de 1936. Era hermana de Jacoba Martínez García, la futura Hna. María Pilar de San Francisco de Borja. Antes de que María Pilar cruzara la clausura, Araceli ya había abierto camino dentro de San José. Y con el paso del tiempo llegaría a ser una de las figuras fuertes de la comunidad.

Con Madre Araceli, el Carmelo de Guadalajara entra ya en la antesala espiritual de las mártires. Ella fue hermana de María Pilar, priora de la comunidad, formadora de generaciones, madre en el Carmelo y testigo de un modo de vivir que unía observancia, alegría, trabajo, fortaleza y amor a la cruz. A través de ella se entiende mejor la casa en la que crecerán María Pilar, Teresa y María Ángeles.

La primera de las tres fue Jacoba Martínez García, Hna. María Pilar de San Francisco de Borja. Entró en el monasterio de San José el 12 de octubre de 1898, después de esperar plaza en una comunidad cuyo número estaba limitado por las Constituciones.

La segunda fue Eusebia García García, Hna. Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz. Había nacido en Mochales en 1909 y traía consigo una infancia marcada por la fe familiar, el rosario doméstico, Sigüenza, la música y la lectura de *Historia de un alma*. La voz de santa Teresita de Lisieux encontró en aquella muchacha una tierra preparada. Su presencia introdujo en el viejo Carmelo de Guadalajara una nota propia del primer tercio del siglo XX: la frescura de Lisieux.

Constituciones

Para que Dios more así agradado en el monasterio, esfuércense las monjas en tener un solo corazón y una sola alma y en honrarse mutuamente como verdaderas hermanas".

Monasterio de San José, Carmelitas Descalzas.
Guadalajara (España)

Fachada de la Iglesia.

Coro.

Retablo del Altar Mayor.

Claustro central.

> Constituciones
>
> Cada monasterio de Carmelitas será rinconcito de Dios, morada de su gloria, paraíso de su deleite, un palomarcito de la Virgen Nuestra Señora', donde se viva en plenitud el misterio de la Iglesia que es Esposa de Cristo".

La tercera fue Marciana Valtierra Tordesillas, Hna. María Ángeles de San José. Venía de Getafe, de una vida cristiana activa, de la parroquia, de la caridad, de la atención a los pobres y de un ambiente apostólico intenso. Entró en el monasterio el 14 de julio de 1929. Su decisión no fue una huida del mundo, sino una forma más profunda de entregarse por él. Dejó campos visibles de apostolado para abrazar el apostolado escondido del Carmelo. Cambió la calle por la clausura, pero no abandonó la caridad: la llevó a un lugar más secreto.

Con ellas tres, el monasterio entró en la década de 1930. Desde fuera, quizá todo parecía igual, pero por dentro ardía una vida intensa.

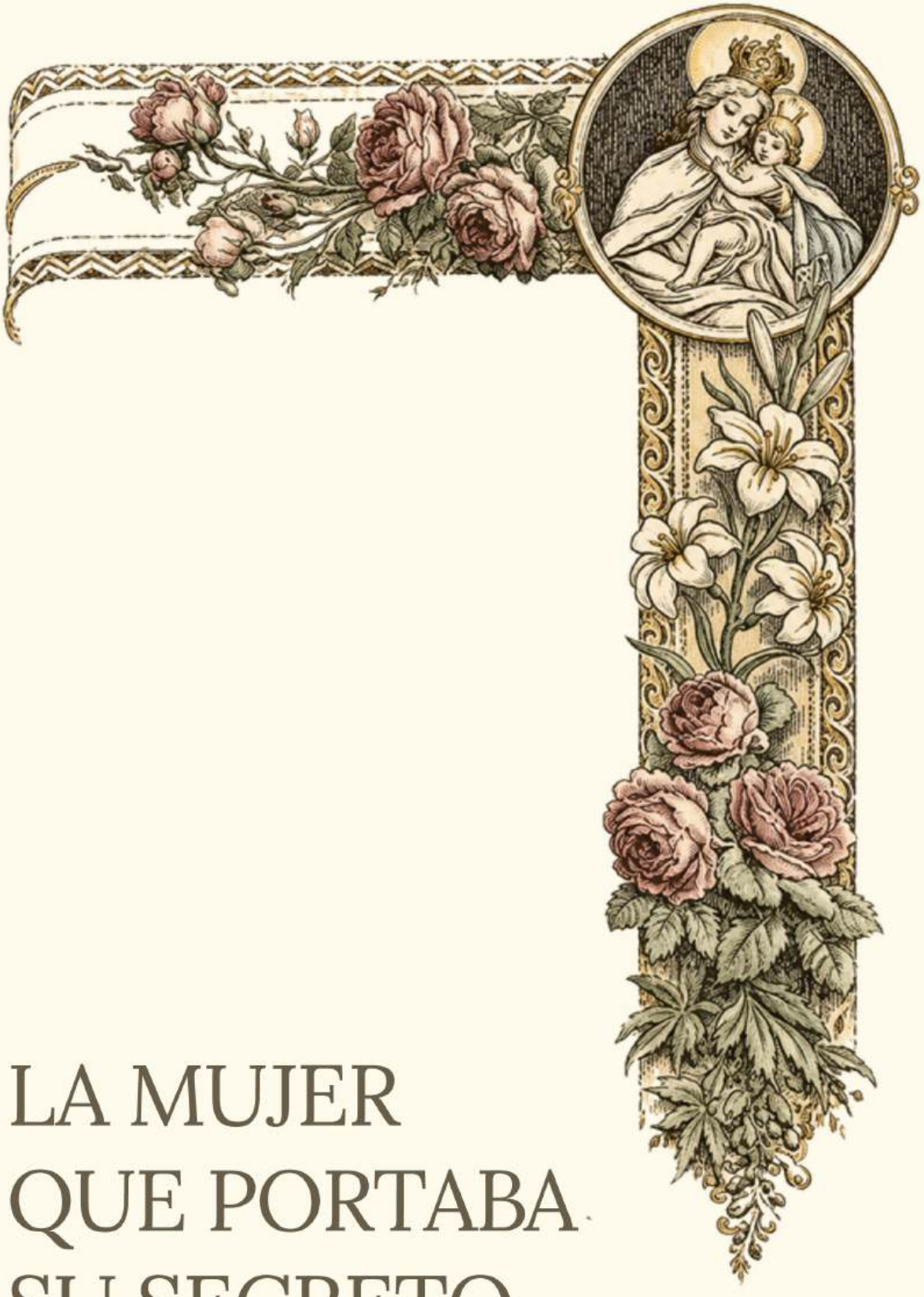
Bajo tan buena guía floreció la comunidad, unida y feliz, como un plantel de azucenas. Dios, que de los males sabe sacar bienes, permitió que aquellas circunstancias adversas acabaran mostrando tres flores escondidas que ya pertenecían a la Iglesia.

Ese es el verdadero telón de fondo de 1936. Antes de ser mártires, María Pilar, Teresa y María Ángeles fueron hijas de una historia larga. El Carmelo de Guadalajara llevaba siglos aprendiendo a vivir la pobreza, el silencio, la liturgia coral, la obediencia y la fidelidad diaria.

Cuando llegó la hora final, no improvisaron. Habían aprendido a inmolarse en la celda, en el coro, en el Sagrario, en la obediencia, en la recreación, en la hermana difícil, en la enfermedad, en el trabajo sencillo y en la vida escondida. El martirio no cayó sobre una vida vacía: coronó una fidelidad antigua.

Madre Araceli, hermana carnal de la Bta. M.ª Pilar y priora en el momento del martirio, junto a la Madre Magdalena. Carmelitas Descalzas de Guadalajara, España.

Comunidad de Carmelitas Descalzas de San José (posterior a 1936). Guadalajara (España)



LA MUJER QUE PORTABA SU SECRETO

Beata María Pilar de San Francisco de Borja

Jacoba Martínez García (1877-1936)

2

Beata María Pilar de San Francisco de Borja Jacoba Martínez García (1877-1936)

En Tarazona, ciudad de piedra antigua y torres mudéjares, nació Jacoba Martínez García el 30 de diciembre de 1877. La bautizaron aquel mismo día en la parroquia de San Andrés, como si la familia quisiera que la gracia llegase antes que el mundo. Era la menor de once hermanos, aunque la infancia de aquella casa estuvo marcada por una aritmética dolorosa: de los once hijos de Gabino Martínez y Luisa García, solo sobrevivieron tres: Julián, que sería sacerdote; Severiana Teresa, futura carmelita; y Jacoba, la pequeña, la última, la que parecía haber venido al mundo con una luz difícil de encerrar. La madre, con esa fe de otro tiempo que no explicaba el dolor, pero lo sostenía, solía decir: *"De los once hijos que Dios me dio, ya tengo en el cielo ocho"*.

No fue Jacoba una niña sombría ni recogida en exceso. Las fuentes la recuerdan alegre, expansiva, sociable, cariñosa. Su padre, que debía de mirarla con la mezcla de orgullo y desconcierto con que se mira a los hijos que desbordan cualquier previsión, decía: *"Yo no sé qué tiene esta hija, que por todas partes la oigo nombrar"*. Y ella, rápida, con esa gracia doméstica que no se aprende en los libros, contestaba que claro, que como no había otra Jacoba en el pueblo, por poco que la nombraran todos sabían que era ella.

Pero el padre no se dejaba engañar: *"No, hija, no. Es que tú te metes en todas partes"*. Su hermano Julián, sacerdote, lo confirmaría con una observación que vale casi como retrato: cuando iba a visitar enfermos o a administrar sacramentos, muchas veces ya encontraba allí a su hermana, sentada junto a la cabecera del dolor. La vida de la familia fue cambiando de lugar siguiendo los destinos de Julián. Primero Torrellas, después Corella.

Pila bautismal de la Bta. M.ª Pilar, en Tarazona.

PP. Carmelitas Descalzos, Corella.

Casa natal de Jacoba, la futura Bta. M.ª Pilar, en la calle Garnacha, haciendo chaflán. Tarazona.

MM. Carmelitas Descalzas, Corella.

En aquellos pueblos y casas rectorales, Jacoba fue creciendo cerca del altar, de los enfermos, del rosario, de la conversación familiar y de una fe que no necesitaba adornarse para ser firme. Años después diría que no recordaba ni cuándo ni quién le había enseñado a rezar. Aquella frase tiene algo de ventana abierta: para Jacoba, la oración había entrado en la vida como entra el aire en una habitación.

Cuando tenía quince años, su hermana Severiana ingresó en el monasterio de Carmelitas Descalzas de San José de Guadalajara. En religión se llamaría María Araceli del Santísimo Sacramento, ¿la recuerdas? A partir de entonces, la pregunta empezó a rondar a Jacoba como una sombra amable, aunque ella al principio la rechazó sin disimulo. Cuando le preguntaban si también quería ser monja, respondía que no. Su madre le aconsejaba que dijera: «Lo que Dios quiera». Pero Jacoba, que todavía no había aprendido a desconfiar de su propia lógica, replicaba: *"Madre, ¿cómo voy a decir lo que Dios quiera, si yo no quiero ser monja?"*.

Y cuando doña Luisa insistía —*"¿Y si Dios quiere que lo seas?"*—, la hija cerraba el razonamiento con una seguridad casi infantil: *"Si yo no lo quiero ser, ¿cómo lo va a querer Dios?"*.

Pero las vocaciones verdaderas rara vez llegan como se las espera. En Jacoba, la resistencia inicial fue dejando paso a una llamada más honda. La misma joven que había dicho que no quería ser monja terminó deseando entrar en el mismo Carmelo donde estaba su hermana. La decisión, sin embargo, tuvo que esperar. No había plaza vacante en el monasterio. Jacoba, impaciente y ya decidida, aguardó hasta que se abrió la puerta.

El 12 de octubre de 1898, fiesta del Pilar, traspasó por fin el umbral de la clausura de San José de Guadalajara. Ese mismo día, por la tarde, tomó el hábito. Se lo impuso su hermano Julián. La escena, leída con calma, parece reunir en un solo instante toda la historia de aquella familia: el sacerdote, la madre, las dos hijas dentro del Carmelo, los hermanos muertos, el padre ausente ya de este mundo.

Jacoba el día de su Primera Comunión.

Jacoba el día de su entrada en el Carmelo.

La Bta. M.ª Pilar, de novicia, junto a familiares y allegados. Entre ellos aparecen su hermano, D. Julián, sacerdote, y D.ª Francisca de Borja Fiteri, su madrina.

CURIOSIDADES

La joven que entró vestida de blanco

El 12 de octubre de 1898, fiesta de la Virgen del Pilar, Jacoba Martínez García cruzó la clausura del Carmelo de San José de Guadalajara. Aquel día llevaba un vestido de terciopelo de seda blanco, regalo de su madrina, doña Francisca de Borja Fiteri. La escena tiene una fuerza casi simbólica: una joven aragonesa, en el día grande de la Virgen del Pilar, vestida de blanco ante el umbral de una vida que iba a quedar escondida para siempre en Dios.

A las tres de la tarde tomó el hábito carmelita y recibió un nombre que recogía parte de su historia: Hna. Jacoba María Pilar de San Francisco de Borja. Jacoba, por su nombre de bautismo; Pilar, por su raíz aragonesa y por la fecha mariana de su entrada; San Francisco de Borja, unido probablemente al nombre de su madrina.

Aquel vestido blanco quedó atrás pocas horas después. Desde entonces, María Pilar viviría bajo el hábito pobre del Carmelo, en la rutina escondida de la oración, el trabajo y la vida fraterna. Pero aquella primera imagen conserva una belleza especial: antes de desaparecer en el silencio del claustro, Jacoba entró luminosa, como si esa blancura anunciara ya la entrega callada que culminaría en el martirio.

Madre Araceli, hermana carnal de la Bta. M.ª Pilar y priora de la comunidad en el momento del martirio.

En esta plaza, vivió la Bta. Pilar hasta su entrada al Carmelo. Corella.

Bordados de la Bta. M.ª Pilar.

Desde entonces, Jacoba sería hermana Jacoba María Pilar de San Francisco de Borja.

El 15 de octubre de 1899 pronunció sus votos en la sala capitular, rodeada por su comunidad. Más tarde, mientras el *Te Deum* llenaba el convento y las campanas repicaban, se arrodilló junto a la reja del coro con un cirio entre sus manos, esperando la imposición del velo negro. Al otro lado, don Julián, su hermano, que había celebrado y predicado para ella. Aquel día decía, por fin, su sí; un sí definitivo, sin vuelta atrás.

Siguieron treinta y siete años de vida escondida; de esa clase de existencia que apenas deja ruido en la historia porque se consume por dentro, como una lámpara bien alimentada. Se distinguió por su amor al trabajo y por su recogimiento en la celda. Las labores de manos eran para ella oración; una forma de permanecer, de ordenar el alma, de dejar que los dedos trabajaran mientras el corazón se mantenía atento. Cuando fue sacristana, trataba las cosas del altar con una delicadeza casi familiar. Preparando algún adorno para el Santísimo, decía: *"Esto para el Vivo, para el Vivo"*.

No era, sin embargo, una religiosa fabricada en mármol. Sus hermanas insisten en que era expansiva, cercana, capaz de hacer amable la recreación. En ella convivían la alegría natural de la niña de Tarazona y una reserva interior cada vez más profunda. Por eso solía decir: *"Mi secreto para mí"*. Aquella frase, aparentemente sencilla, revela mucho. Había zonas de su alma que no quería convertir en conversación. Su vida se deslizó: *"oculta a los ojos de las criaturas y sólo bajo la mirada de Dios"*.

En 1905, durante unos ejercicios espirituales, dejó anotado un programa de vida sobrio y completo: guardar Regla y Constituciones, meditar en las verdades eternas, conformarse con la voluntad de Dios, cuidar el silencio, avivar la presencia divina y amar a sus madres y hermanas. No hay retórica; hay una arquitectura interior. En 1912 insistirá en hacer bien la oración, vivir con espíritu de oración, pedir por la Iglesia, por el Papa, por los prelados, por los misioneros, por los institutos religiosos y por los pecadores. Su clausura no estrechaba el mundo: lo ensanchaba por dentro.

Procurar con todo cuidado
de guardar Regla y
Constituciones como estoy
obligada, y meditar en las
verdades eternas.
S. Mª Pilar de S. F. de B
J.C.D.

UN SACRIFICIO OFRECIDO

El 24 de julio de 1936, cuando las religiosas tuvieron que abandonar el convento y buscar refugio, María Pilar decidió separarse voluntariamente de su propia hermana carnal, Madre María Araceli, que además era la priora, para dejar sitio en el refugio a otras dos religiosas que no tenían dónde alojarse.

En 1930 aparece una de sus imágenes más luminosas. Hna. María Pilar escribe que quiere ser "la hormiguita de Jesús", llevando de la mañana a la noche sus pequeños granos al Sagrario, para consolarle y mostrarle, con pequeños vencimientos, que le ama y quiere amarle más cada día. La imagen parece humilde, casi infantil, pero encierra una teología completa de lo cotidiano: no grandes gestas, sino granitos; no ruido, sino constancia; no heroísmo de escaparate, sino una fidelidad pequeña que, repetida durante años, acaba construyendo una vida entera.

Tres años más tarde, en 1933, escribió unas preguntas que parecen dichas ante un espejo del alma: *"¿Por qué soy carmelita? Por la bondad y misericordia de Dios Nuestro Señor. ¿Para qué soy carmelita? Para ser un alma toda de Dios y ser una gran santa"*. Y añadía que Jesús le exigía guardar su profesión, cumplir fielmente sus votos y ser alma de oración, *"como por ser carmelita estoy santamente obligada"*. Hna. María Pilar sabía quién era porque sabía para qué se había entregado.

Sus cartas, más que sus propósitos, dejan ver la textura humana de esa santidad buscada. A Josefa, en septiembre de 1929, le pide oraciones con una desnudez desarmante: *"Pide mucho por mí para que sea una santa, que eso es lo que deseo con todo mi corazón, y lo que pido al Jesús del sagrario. Pues lo único que llena mi corazón es la santidad, lo demás nada. Pero, hija, me falta mucho, pues no tengo más que deseos"*. La frase tiene la belleza de lo verdadero: no presume de santidad, confiesa deseo. Y en ese deseo —pobre, insistente, humilde— se reconoce mejor a la mujer que a la estatua.

Unión con Jesús y así hacer
todas las cosas por su amor,
espiritualizándolo todo
y sobrenaturalizándolo
por amor de Dios.

S. Mª Pilar de S. F. de B

J.C.D.

> “Lo único que llena mi corazón es la santidad, lo demás, nada; pero, hija, me falta mucho, pues no tengo más que deseos”.
>
> M.ª Pilar de S. F. de B.

A medida que se acercaba 1936, sus escritos adquirieron una densidad nueva. El 12 de enero de aquel año, en una estampa dirigida al cardenal Pedro Segura, escribió: *“Jesús ¡yo tengo sed! No de paz. No de descanso. No de consuelo... Yo tengo sed de Ti, ¡solo de Ti!”*. En otro breve billete, sin fecha, dejó una fórmula de aceptación que leída después parece estremecer: *“Señor y Dios mío, desde ahora recibo ya de vuestra mano con ánimo tranquilo y gustoso cualquier género de muerte que te pluguiere darme, con todas sus amarguras, penas y dolores”*.

Y llegó julio. La historia exterior, que durante tantos años había quedado al otro lado de la clausura, entró finalmente por las grietas del tiempo. La comunidad tuvo que abandonar su amado convento. Hna. María Pilar quedó refugiada en una pensión. Allí volvió a manifestarse en una decisión concreta: eligió separarse de su hermana carnal, Madre María Araceli —entonces priora—. Eran muchas las monjas reunidas en aquel lugar, y la situación comprometía cada vez más a sus dueños, que pedían con urgencia que permanecieran allí solo unas pocas. No fue un gesto solemne. Fue, precisamente por eso, suyo. Una renuncia callada, hecha sin adornos, como quien mueve una silla para que otro pueda sentarse.

El 24 de julio de 1936, Hna. María Pilar salió de la pensión con las hermanas Teresa del Niño Jesús y María Ángeles de San José. Iban a buscar otro refugio, otra puerta, quizá un poco más de tiempo. Hasta aquí; conviene detener el relato. María Pilar lleva ya dentro todo lo necesario. Lo que sucederá después no improvisará su vida. Solo la pondrá al descubierto.

Espadaña conventual.

Hna. Jacoba María del Pilar de San Francisco de Borja, en vísperas de su entrada en el Carmelo de San José de Guadalajara, el 11 de octubre de 1898.

De sus escritos...

M. Mª Pilar de J. F. de B.

J.C.D.

PROPÓSITOS DE LOS SANTOS EJERCICIOS, 1933

¿Por qué soy carmelita? Por la bondad y misericordia de Dios Nuestro Señor.

¿Para qué soy carmelita? Para ser un alma toda de Dios y ser una gran santa.

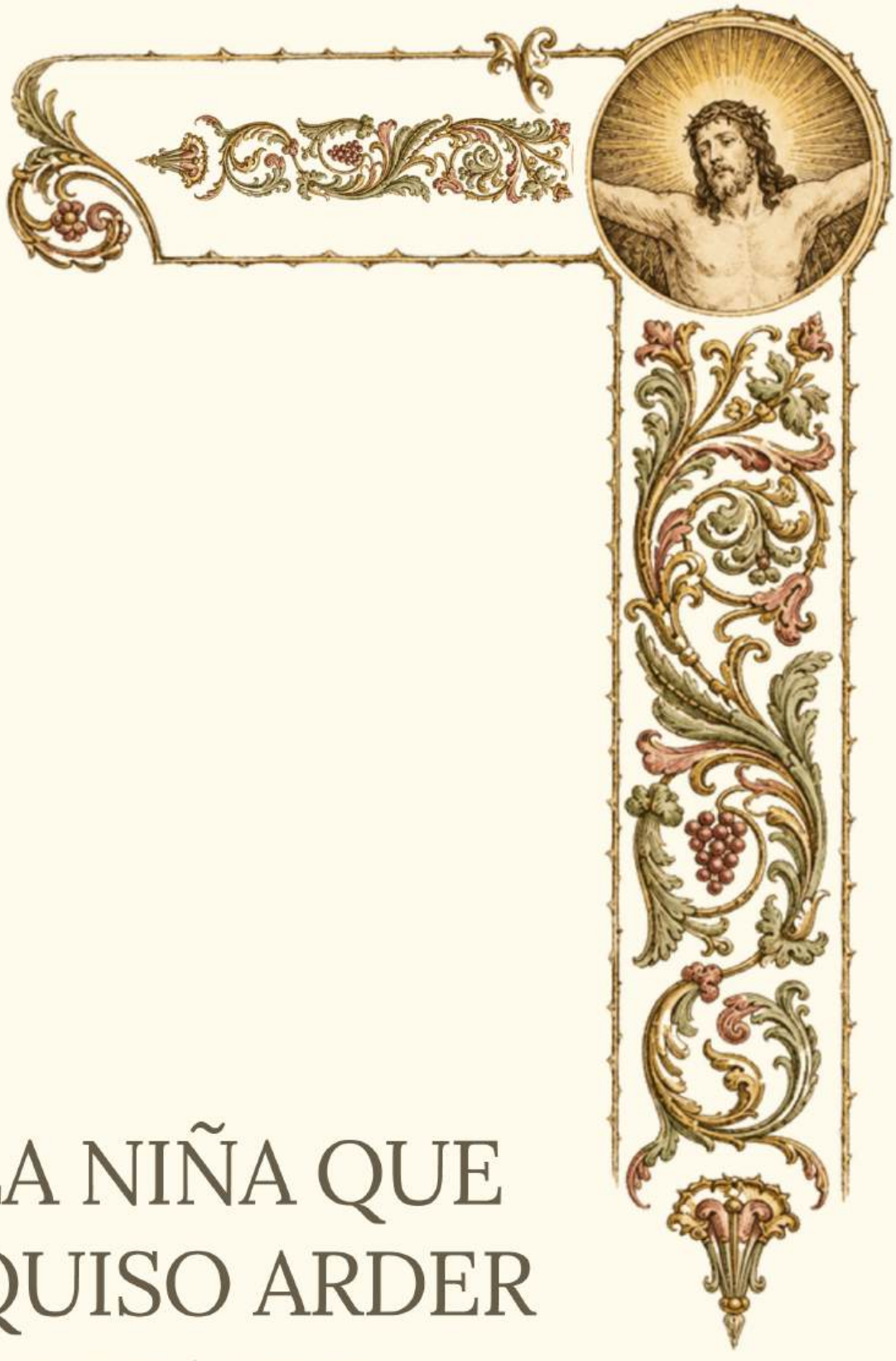
¿Qué me exige Jesús y qué espera de mí como carmelita? Que guarde mi santa profesión, y que nada omita en el fiel cumplimiento de mis santos votos, procurando para esto ser alma de oración como por ser carmelita estoy santamente obligada.

Confianza sin límites en su misericordia, esperándolo todo de Jesús por María, que como Madre, y Madre de misericordia, velará por mí.

Abandono para lo que Jesús quiera de mí; y para eso, Jesús mío, amaros con locura y aspirar a la unión íntima con Vos. Que nada ni nadie ocupen mi corazón, sino solo Vos, Esposo mío, por quien suspira mi corazón.

Estos son mis propósitos, Jesús mío, que mediante Vos y con vuestra gracia espero cumplir.

de sus escritos...



LA NIÑA QUE QUISO ARDER DESPACIO

Beata Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz

Eusebia García García (1909-1936)

3

Beata Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz
Eusebia García García (1909-1936)

En Mochales, un pueblo de Guadalajara recogido entre paisajes de silencio y piedra clara, nació Eusebia García García el 5 de marzo de 1909. Era la segunda de ocho hermanos, hija de Juan García y Eulalia García, en una casa donde la fe no se enseñaba como una asignatura, sino como una forma natural de respirar. Todas las noches se rezaba el rosario en familia. Aquella cadencia doméstica —las cuentas pasando entre los dedos, las voces repitiendo las avemarías, la jornada cerrándose bajo la mirada de Dios— fue el primer claustro de la niña.

A los siete años, Eusebia dejó en parte la casa paterna para vivir en Sigüenza con sus tíos, don Florentino, canónigo de la catedral y secretario canciller del Obispado, y doña Francisca, hermana de D. Florentino. La mudanza no la arrancó de su raíz familiar, pero sí la introdujo en un mundo más amplio: la ciudad episcopal, la catedral, el ambiente eclesiástico, la disciplina de una educación cuidada. Volvía por temporadas a Mochales, al paisaje primero, a sus padres y hermanos, como si su infancia se repartiera entre dos fidelidades.

El 7 de junio de 1917, recibió la primera comunión en la iglesia de Mochales, de manos de su tío Florentino. Tenía ocho años. Al año siguiente ingresó como educanda en el Colegio de las Ursulinas de San Agustín, en Sigüenza. Allí se abrió ante ella una de esas puertas interiores que cambian una vida entera. La lectura de *Historia de un alma*, de santa Teresa del Niño Jesús, fue para Eusebia más que una devoción juvenil. Encontró en aquellas páginas una manera de amar a Dios hecha de pequeñez, confianza, sacrificio escondido y alegría limpia. Poco después, un sermón del padre Gabriel de Jesús, carmelita descalzo, predicado durante un triduo por el III Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús en 1922, terminó de orientar aquella inquietud: Eusebia se sintió llamada al claustro carmelitano.

No todo fue inmediato. Comunicó su deseo al confesor y a su tío, pero aún no tenía la edad necesaria para ingresar. Tuvo que esperar. Y la espera, en las vocaciones verdaderas, es maduración. Aprovechó aquel tiempo perfeccionándose en música y armonio. La música aparece en su vida como una forma de servir, de ordenar la sensibilidad y de regalar belleza dentro de los muros del convento.

El 8 de septiembre de 1924, fue a su casa para pedir a sus padres permiso para entrar en el Carmelo. Hubo mucho sufrimiento por ambas partes. Es fácil imaginar la escena sin violentarla: una hija de quince años pidiendo irse para siempre, unos padres cristianos comprendiendo la grandeza de la entrega y, al mismo tiempo, sintiendo el desgarro humano de verla partir. La santidad, cuando entra en casa, atraviesa el dolor con luz.

El 5 de marzo de 1925, cumplió dieciséis años y la fecha de entrada: el 2 de mayo. Al llegar al monasterio de San José de Guadalajara, nuestra postulante estuvo *"como en su centro desde el primer momento"*. No llegaba a un lugar desconocido, sino como quien descubre por fin la forma exterior de una llamada que bullía dentro.

Pocos días después, el 17 de mayo de 1925, tuvo lugar en Roma la canonización de santa Teresita de Lisieux. En la comunidad se celebró un novenario solemne de acción de gracias, y aquella joven recién entrada, que tomaría el nombre de hermana Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, armonizó los cantos con solo dieciséis años.

El Carmelo de Guadalajara, antiguo y teresiano, recibía la frescura de Lisieux a través de una muchacha de Mochales que había encontrado en la pequeña santa francesa una hermana, una guía y casi un espejo.

El 4 de noviembre de 1925, tomó el hábito. Se lo impuso su tío Florentino. Al verla vestida con la librea de la Virgen, exclamó: *"¡Aquí está otra Teresita! Solo le falta la aureola, pero tiene que ganarla"*. La frase parece cargada de una gravedad que entonces nadie podía medir. Pero en aquel momento debió de sonar como una mezcla de ternura, orgullo familiar y esperanza religiosa.

El 7 de noviembre de 1926, hizo su primera profesión. La definitiva llegó el 6 de marzo de 1930, cuando contaba veintiún años, la edad requerida por los cánones. Entonces cambió su segundo apellido religioso: dejó el de la Santa Faz y tomó el de San Juan de la Cruz. Desde ese día, sería Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz. En su nombre quedaban unidas dos corrientes de una misma vocación: la infancia espiritual de Lisieux y la hondura desnuda del Doctor místico.

CURIOSIDADES

La carmelita de los "baños del Sol"

Después de Maitines, cuando el monasterio quedaba envuelto en el silencio de la noche, la Beata Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz tenía una costumbre íntima y luminosa: se colocaba ante la reja del coro para hacer sus "baños del Sol". No se refería al sol del cielo, sino a Cristo en el Sagrario. Allí permanecía, sencilla y recogida, como quien se deja mirar, calentar y rehacer por dentro.

Aquella expresión revela mucho de su alma. Teresa era joven, intensa, de carácter fuerte y corazón ardiente, pero había aprendido a buscar en la oración el lugar donde todo se purifica. Sus "baños del Sol" no fueron una devoción vistosa, sino un gesto escondido, repetido en la intimidad del convento, cuando la casa descansaba y solo quedaba encendida la presencia del Señor.

Antes de confesar a Cristo en la calle con su último grito, Teresa había pasado muchas noches dejándose iluminar por Él. La hermana alegre, la enfermera atenta, la carmelita que quería pagar "amor con amor", se formó así: en silencio, ante el Sol que no se apaga.

Lo único que tengo son deseos, pero deseos grandísimos de ser toda de Jesús, de empezar —siempre estoy empezando—, a ser fiel a Jesús, de pagarle amor por amor.

Teresa del N. Jesus

Pero Teresa no fue una joven sin combate. Desde su entrada, comenzó a luchar contra un carácter naturalmente fuerte y apasionado. Este dato es decisivo para no convertirla en una figura de porcelana. Su santidad no consistió en no tener temperamento, sino en dejar que la gracia lo educara. Fue servicial, generosa en los trabajos más pesados y humildes, siempre dispuesta a ayudar. Pero dentro de ella había fuerza, sensibilidad, lucha, impaciencia quizá, fuego. Y ese fuego, en lugar de apagarlo, lo fue entregando.

Sus escritos permiten ver con claridad esa pedagogía interior. En 1927 anotó: *"Cantaré eternamente las misericordias del Señor"*. Y a continuación dejó formulado su lema: *"Amor con amor se paga"*. También escribió: *"Mi oficio en el Carmelo: ser una hormiguita de amor"*. La imagen, sencilla y teresiana, define su camino: no quería hacer ruido, sino acumular actos pequeños, sacrificios, fidelidades escondidas, como quien transporta grano a grano el peso invisible de una vida ofrecida. *"Sola con Cristo solo":* es una declaración carmelitana en estado puro.

Teresa quería pertenecer a Cristo de manera indivisa, vivir dentro de una soledad habitada, desaparecer por fuera para encenderse por dentro. Por eso añade, con sabor de san Juan de la Cruz: *"Olvido de lo criado, memoria del Criador, atención a lo interior y estarse amando al Amado"*.

En 1929, durante unos ejercicios espirituales, recibió una orientación que marcaría profundamente su camino. El padre que los dirigía le inculcó la vida de fe, la necesidad de espiritualizar todas las cosas, ver en todo la mano de Dios y desterrar la rutina. Le señaló como camino más fácil y seguro el de la infancia espiritual de santa Teresita, animándola a entregarse por la confianza y el abandono en los brazos de Jesús. Ella misma dejó escrito que el único propósito que Jesús le pedía era *"un amor sin límites y una resolución firmísima de no negarle nada"*.

En sus apuntes para la profesión solemne, Teresa escribe cómo quiere santificar cada momento del día: el levantarse, la oración, el Oficio Divino, el trabajo, la recreación, la lectura espiritual, el examen de conciencia y el descanso.

Eusebia, a los 15 años, con una prima.

Casa natal de Eusebia, Mochales.

Grupo familiar, 1921. Eusebia no aparece en la fotografía por encontrarse en Sigüenza.

RECREACIONES ANIMADAS

La beata Teresa tenía una manera muy simpática de unir la vida fraterna con su deseo de acercar a las demás a Dios. En las recreaciones llevaba una cajita de cerillas, pero dentro no había fósforos: guardaba pequeñas papeletas con sentencias espirituales. Con gracia preguntaba a las hermanas: «¿Quién quiere un fósforo?», jugando con la idea de que aquellas frases podían encender el corazón en el amor de Dios. Es un detalle pequeño, pero muestra que su espiritualidad no era seria ni rígida: sabía introducirla con naturalidad y humor en la convivencia cotidiana.

También es muy singular la historia de su nombre religioso. Al entrar en el Carmelo se llamó Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, siguiendo directamente a santa Teresita de Lisieux. Sin embargo, sufrió una afección en la piel y, según la fuente, quedó curada al contacto con una reliquia de san Juan de la Cruz. En agradecimiento, y con permiso de sus superiores, decidió cambiar ese segundo título: al realizar la profesión solemne pasó a ser definitivamente Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz, uniendo así en su propio nombre a dos de las figuras que marcaron profundamente su camino espiritual.

El día de su profesión solemne, 6 de marzo de 1930, resumió su vida religiosa en tres palabras: *"Amor, Fidelidad y Abandono"*, sus tres columnas. Amor para orientar el corazón. Fidelidad para sostener la voluntad. Abandono para descansar en Dios cuando el propio esfuerzo ya no bastara. Ese mismo día propuso trabajar en el recogimiento interior, en la humildad y en las faltas de la lengua. Su lucidez sorprende: sabía dónde debía luchar y no se escondía de sí misma. Hablando de la poesía de santa Teresita sobre la rosa deshojada, confiesa que le gustaría ofrecer a Jesús *"los mil pequeños sacrificios del día"*, pero reconoce que le cuesta: *"Se me escapan sin sentir esas mil ocasiones de deshojarme"*. Y añade: *"Lo único que tengo son deseos, pero deseos grandísimos de ser santa, de ser toda de Jesús, de empezar, siempre estoy empezando, a ser fiel a Jesús, de pagarle amor con amor"*. Esa frase revela su talla espiritual precisamente porque no presume de haber llegado. Teresa está siempre empezando. Y en ese volver a empezar se dibuja su camino.

Sus cartas dejan ver la textura humana de esa santidad buscada. A su hermano, don Julián, escribe: *"Cuando tengas la Hostia Santa en tus manos, un recuerdo para tu hermana, y vamos los dos a santificarnos, pues Dios nos tiene muy obligados, ya que así nos ha distinguido con esta vocación santa"*.

Abismada en soledad,
olvido de lo criado,
memoria del Criador, atención a lo
interior y estarse amando al Amado.
Teresa del N. Jesus

> Teresa del N. Jesus
>
> Que no tenga otro anhelo que esparcir por el suelo sus pétalos, o sea, los mil pequeños sacrificios del día; sin otra recompensa que la satisfacción de que Jesús, en lugar de pisar espinas, pise rosas".

La comunidad fue viendo en pocos años una transformación profunda. Las fuentes hablan de un alma sedienta de amor y santidad. Ella, sin embargo, se consideraba una gran pecadora, hasta decir con cierta dureza de sí misma: *"Si no lo creen, en el día del juicio lo verán y no podrán decir que les engañé"*. Esa conciencia de pobreza no la encerraba en la tristeza, porque se refugiaba con confianza en los brazos de la Virgen. Su vida interior tenía esa tensión tan carmelitana: una mirada severa sobre sí misma y una confianza absoluta en la misericordia.

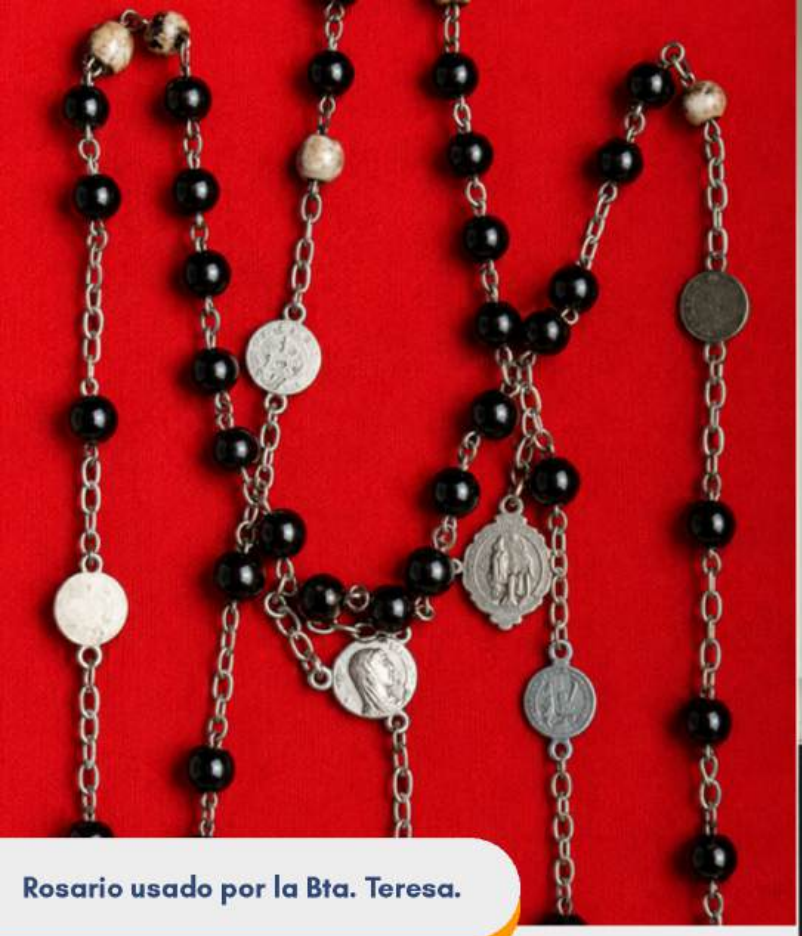
Su caridad encontró un cauce especialmente claro en el oficio de enfermera. Allí resplandeció su entrega concreta. Se desvivía por las hermanas enfermas, hasta quedarse noches enteras a su cabecera. Su frase frecuente: *"Ante todo la caridad"*.

Llevaba a la recreación una caja de cerillas con pequeñas papeletas de sentencias espirituales y preguntaba con gracia: *"¿Quién quiere un fósforo?"*. Aquellos *"fósforos"* no eran juego vacío: querían encender el corazón en el amor de Dios.

Todos los días, después de Maitines y antes del descanso nocturno, se ponía delante de la reja del coro para tomar lo que ella llamaba *"baños del Sol"*. La expresión es suya y tiene la delicadeza de las almas que han aprendido a nombrar sus secretos sin explicarlos del todo. El Sol era Cristo. Y ella, la joven carmelita de Mochales, se colocaba ante Él para dejarse calentar por una luz eterna.

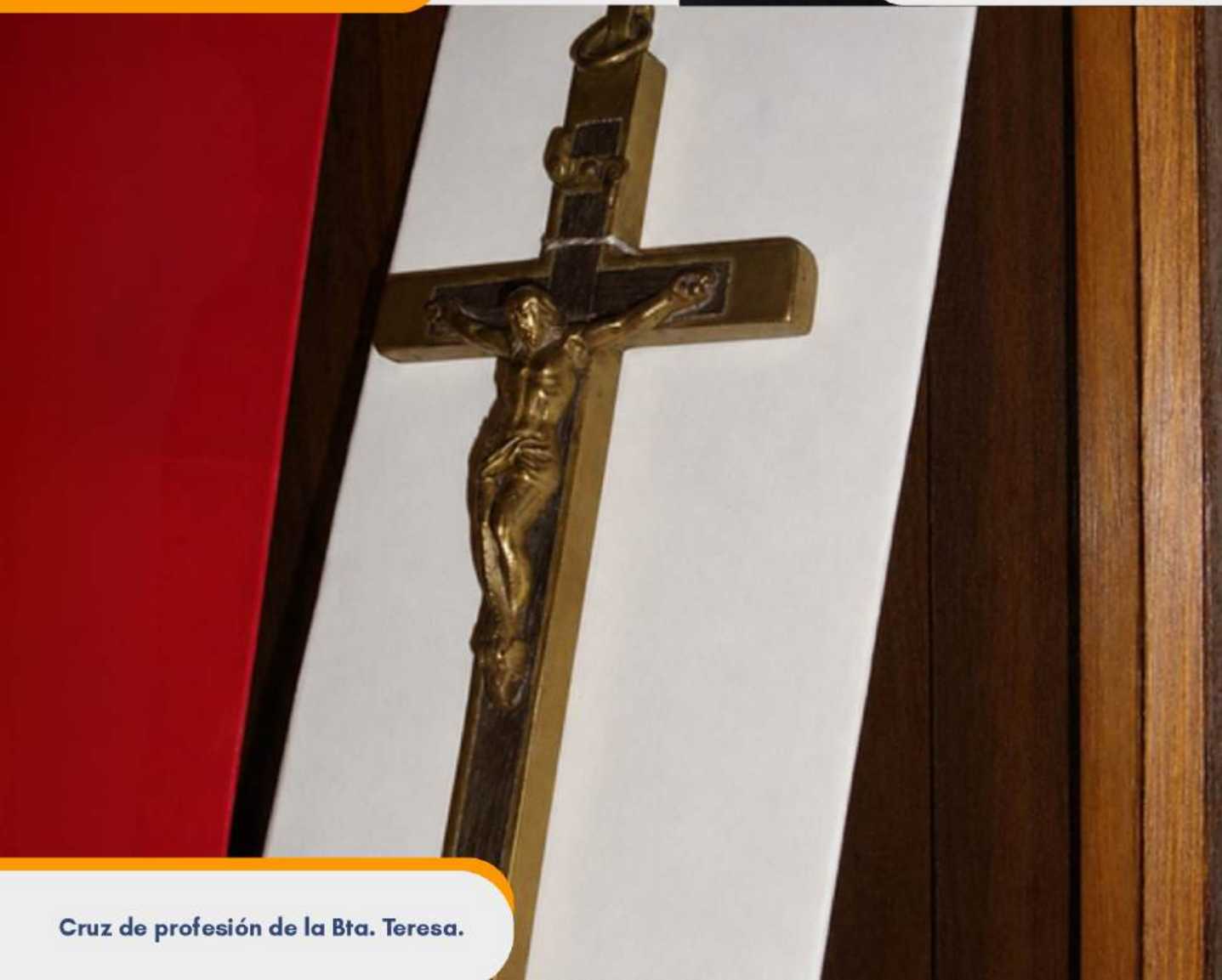
> Teresa del N. Jesus
>
> Por aquí está tranquilo, nosotras también, pues sólo queremos lo que Dios quiera, y como a Él no pueden quitarnos, ni pueden hacernos pecar, todo lo demás que nos quiten nos tiene sin cuidado".

Eusebia, poco antes de su entrada en el Carmelo

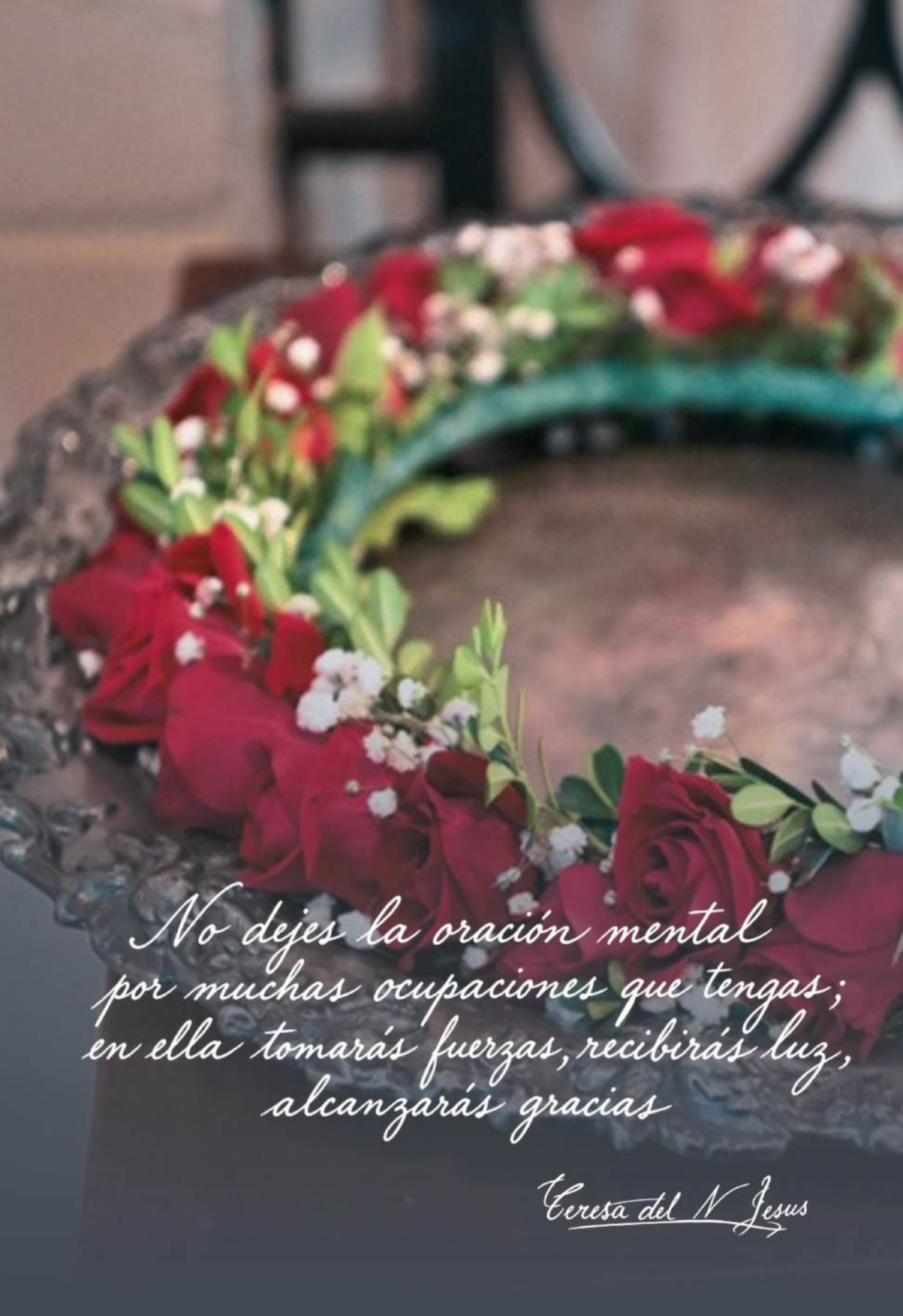


Rosario usado por la Bta. Teresa.

Celda de la Bta. Teresa.



Cruz de profesión de la Bta. Teresa.


No dejes la oración mental
por muchas ocupaciones que tengas;
en ella tomarás fuerzas, recibirás luz,
alcanzarás gracias
Teresa del N. Jesus

En febrero de 1936, escribió a su hermano Julián, sacerdote. La carta muestra a una Teresa madura, atenta, práctica, hondamente eucarística. Le anima a trabajar en la viña que el Señor le ha confiado y le aconseja acudir al Sagrario: *"No tengas abandonado al Señor, que sea Él el amigo íntimo, el confidente de tus alegrías y de tus penas"*. *"Yo procuro acompañar espiritualmente tu sagrario"*. Su clausura, de nuevo, no era encierro estéril. Era una manera de estar cerca de todo lo que amaba.

Cuando llegó julio de 1936, el monasterio de San José dejó de ser aquel recinto protegido y la comunidad tuvo que dispersarse. Teresa salió con las demás, llevando consigo no solo el hábito interior de la carmelita, sino todo lo que había ido cultivando el Divino Hortelano en su corazón. Todavía no ha comenzado su última escena. Teresa camina con sus hermanas. No va sola, lleva dentro la esperanza de la vida, si por la fe hubiera que entregarla. Acepta que el destino de la Cruz puede ser su destino y recorre sus últimos días como había querido: Amor, Fidelidad y Abandono.

"VIVA CRISTO REY" ANTES DE LA HORA FINAL

Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz se conmovía profundamente al leer los relatos de los católicos perseguidos en México. Aquellos testimonios no la dejaban indiferente: encendían en ella un deseo casi impetuoso de entregar la vida por Cristo Rey.

En una ocasión, al recibir una carta encabezada con un "*¡Viva la República!*", respondió sin rodeos: "*A tu ¡Viva la República!, contesto con un ¡Viva Cristo Rey!, y ojalá pueda un día repetir este 'viva' en la guillotina.*" Años después, su último grito en la calle no sería una improvisación, sino la expresión final de un amor que llevaba tiempo preparado.

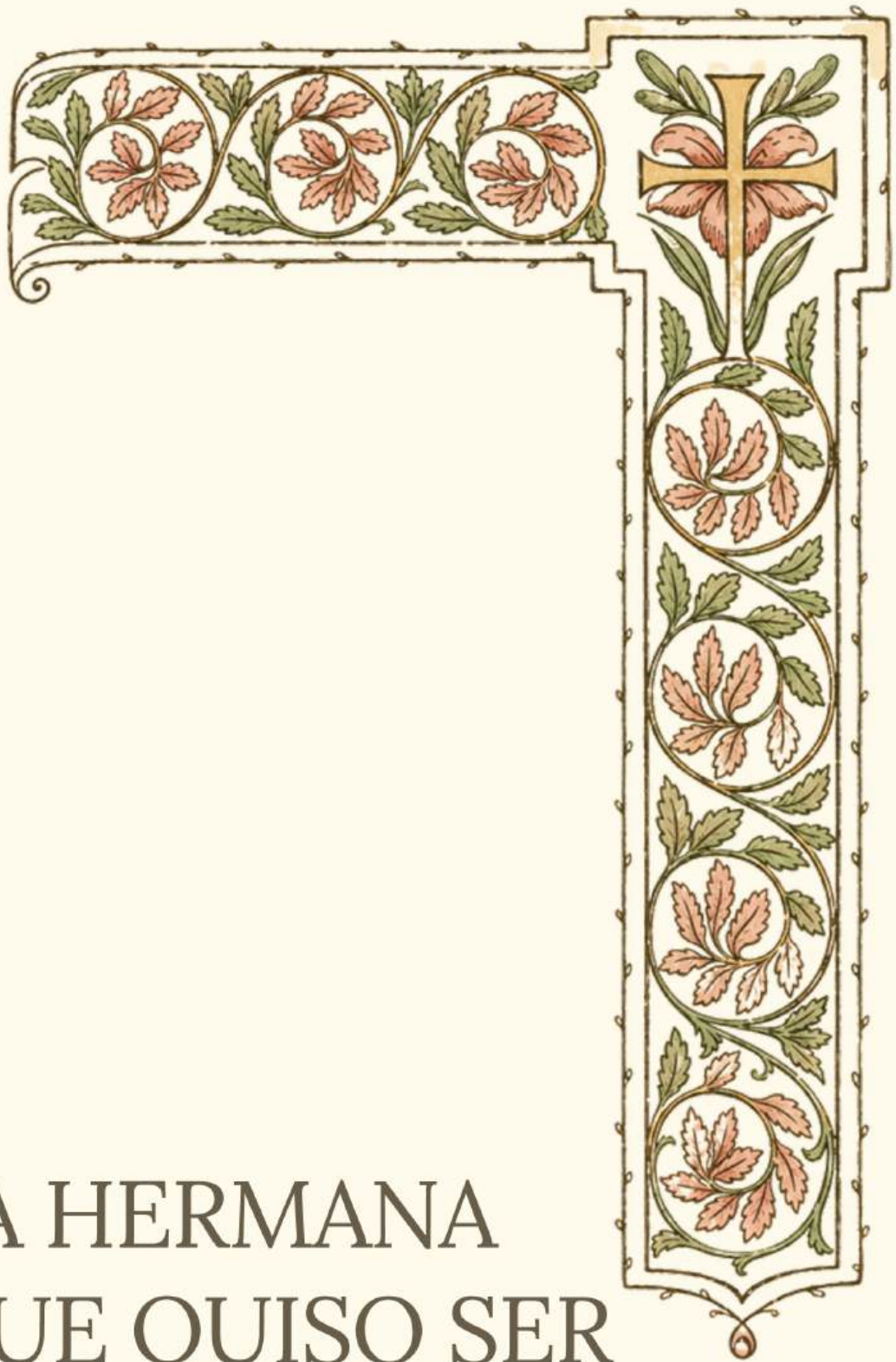
CARTA A LA HNA. MARÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS, 1930

"Te mando esa poesía de mi idolatrada Teresita, no porque crea que te hace falta, sino porque como a mí me gusta tanto, me parece te gustará a ti también; a mí me sirve de meditación, ser una rosa deshojada para Jesús. ¡Cuánto quiere decir! Que Jesús acaricie a otras almas, que las estreche sobre su corazón, que las colme de dulzuras..., pero que la mía no sirva sino de alfombra para sus pies; que no tenga otro anhelo que esparcir por el suelo sus pétalos, o sea, los mil pequeños sacrificios del día; sin otra recompensa, que la satisfacción de que Jesús, en lugar de pisar espinas, pise rosas; aunque él no sepa quién las ha esparcido por el suelo. ¿Verdad que es hermoso?, ¿verdad que no me debía costar? Pues mira, me cuesta y mucho; se me escapan sin sentir esas mil ocasiones de deshojarme, quiero decir, de ofrecer pequeños sacrificios a Jesús; ya ves qué retrasada estoy; no te escandalices, pero te lo digo, para que pidas por mí. Lo único que tengo son deseos, pero deseos grandísimos de ser santa, de ser toda de Jesús, de empezar —siempre estoy empezando—, a ser fiel a Jesús, de pagarle amor por amor".

de sus escritos

de sus escritos

Teresa del N Jesus



LA HERMANA QUE QUISO SER PEQUEÑA

Beata María Ángeles de San José

Marciana Valtierra Tordesillas (1905-1936)

4

Beata María Ángeles de San José
Marciana Valtierra Tordesillas (1905-1936)

Muy cerca de Madrid, en Getafe, nació Marciana Valtierra Tordesillas, el 6 de marzo de 1905. La bautizaron seis días después, en la parroquia de Santa María Magdalena, la gran iglesia de su pueblo, aquella que no fue para ella solo un edificio de piedra, sino una segunda casa, un lugar donde la fe aprendió a tener rostro, horario y compromisos. Era hija de Manuel Valtierra y Lorenza Tordesillas, la menor de diez hermanos. De aquella familia numerosa, golpeada pronto por la muerte, solo sobrevivieron cuatro niñas. Marciana fue la pequeña, la última, la que llegó cuando la casa ya conocía demasiado bien el lenguaje de las pérdidas.

La infancia no le concedió demasiada tregua. Antes de que pudiera recordar con claridad la voz de su madre, la enfermedad obligó a confiarla a una nodriza, Ángeles López, que fue para ella casi una segunda madre. Cuando volvió al hogar, su hermana mayor, Marcelina, la tomó bajo su cuidado. Y en 1908, cuando Marcianita apenas contaba tres años y medio, muere Lorenza, su madre. La casa quedó entonces sostenida por manos femeninas: las hermanas, la nodriza, la tía paterna doña Venancia, que se entregó al cuidado de las niñas que quedaban. En aquella infancia, la ternura vino envuelta en sustituciones, en cuidados discretos, en mujeres que ocuparon el lugar que el dolor había dejado vacío.

Marciana creció en un hogar profundamente cristiano, con ese tipo de religiosidad que no se limitaba a rezar, sino que se convertía en manera de vivir. Era afable, obediente, dócil, piadosa. Sus profesoras la consideraban una niña modelo. Pero conviene no imaginarla como una figura sin vida: había en ella una dulzura despierta, una sensibilidad pronta para el bien, una inclinación temprana a mirar más allá de sí misma.

El 1 de mayo de 1913, hizo su primera comunión. Tenía ocho años. Desde entonces comenzó a decir que quería ser monja. Una religiosa de su colegio, al oírla, le propuso entrar en su congregación. Marciana respondió con una frase que, leída con el paso de los años, parece contener ya el germen de su camino: *"Ya me gustan, pero quiero hacer más penitencia"*; era la intuición de una llamada más escondida, más austera, más silenciosa. Todavía era una niña, pero en su deseo había una dirección.

> Qué consuelo tan grande tenemos, los que por la misericordia de Dios tenemos fe. ¡Qué don tan grande es! Pues sabemos que después de este destierro, nos reuniremos todos en el cielo que, por la misericordia de Dios, esperamos alcanzar para siempre, siempre, como decía nuestra Sta. Madre".
>
> *María Ángeles de S. José*

> Inclina hacia nosotros el santo Niño que tienes la gloria de llevar en tus brazos, José santo, y cuando tengamos la ventura de poseerle en nuestro corazón, por medio de la santa Comunión. Constitúyete su custodio".
>
> *María Ángeles de S. José*

Antes del Carmelo, sin embargo, hubo mucho mundo amado y servido. Marciana no fue una joven cerrada en una piedad intimista. La virtud que más destacó en ella fue la caridad, heredada de unos padres cristianos que, según la fuente, no veían necesidad que no socorriesen. Cosía ropa para vestir a niños pobres. Pertenecía a las Conferencias de San Vicente de Paúl y visitaba a los necesitados, llevándoles ayuda con cariño. Participaba en ambientes parroquiales y misioneros. Su celo apostólico la llevaba a trabajar por la propagación de la fe. Y, quizá como signo más fino de su caridad, se dice de ella que jamás habló mal de nadie.

Getafe la formó con su parroquia, su vida de pueblo próximo a Madrid, su devoción a Nuestra Señora de los Ángeles y la presencia del Cerro de los Ángeles, con el monumento al Sagrado Corazón. No es un detalle ornamental que, al entrar en el Carmelo, Marciana tomara el nombre de María Ángeles de San José por devoción a la patrona de Getafe. En ese nombre llevó consigo su tierra, su infancia, su iglesia, su familia y aquella manera concreta de amar a la Virgen que había respirado desde niña. El 14 de julio de 1929 dejó atrás muchos campos de apostolado y entró en el monasterio de Carmelitas Descalzas de San José de Guadalajara con veinticuatro años.

Daba así cumplimiento, a todos los deseos de nuevos horizontes que a la luz del Carmelo, nacían en su alma. Ahora podía acercarse a todos; alcanzarlos con su oración y sacrificio.

Al toque de la campana, con el ritmo aparentemente monótono de los horarios, viviendo en silencio interior y exterior, se fraguó el valor que necesitó para entregar la vida. Los mártires, no son seres débiles a los que se les arrebata la existencia. Siguen al Maestro crucificado, y al entregarla, se es más fuerte que nunca. No hay nada más valiente que ofrecer la vida por amor.

Elevemos siempre nuestras plegarias al cielo. Que esta es nuestra verdadera patria.

María Ángeles de S. José

Una de sus primeras cartas desde el convento, escrita a su hermana Marcelina, el 29 de julio de 1929, conserva todavía la frescura de quien acaba de cruzar una puerta irreversible. Le dice que está bien, gracias a Dios, que se acostumbra muy bien a todo, que duerme bien y añade con humor que, por dormir, hasta en la oración se duerme. También confiesa que se acuerda mucho de su padre, que la echará de menos, pero espera que Dios le compense el sacrificio.

El Carmelo no borró su carácter. Lo afinó. Las religiosas advirtieron pronto el don que Dios les concedía en aquella postulante y sus deseos de santidad. Su aspiración, fue la íntima unión con Dios por medio de la observancia exacta de la vida religiosa. El 19 de enero de 1930 tomó el hábito. El 21 de enero de 1931 hizo su primera profesión. Tres años más tarde se consagró definitivamente al Señor con la profesión solemne. Para entonces, Marciana era ya María Ángeles de San José, y su vida había quedado escondida en el ritmo antiguo del monasterio.

La describen bondadosa y amable, con modestia y gravedad edificantes. En su porte se transparentaba una profunda vida interior.

En la recreación era alegre y amena, con cierta gracia y sentido del humor que la hacía muy agradable. Equilibrio importante: María Ángeles no fue una religiosa apagada, sino luminosa; no fue severa por falta de ternura, sino recogida por exceso de amor.

Conservaba un candor que la caracterizaba. Quería vivir humilde y olvidada, y se consideraba inferior a todas, mientras la comunidad percibía sus cualidades y virtudes. La fuente lo expresa con una imagen delicada: cuanto más quería ocultarse, *"cual humilde violeta"*, más parecía darse a conocer su perfume.

Su modo de amar se parecía mucho a ella: pequeño, exacto, sin reclamar atención. Estaba disponible para prestar cualquier ayuda, aunque tuviese que sacrificarse. Hacía servicios sin ser vista: doblar una capa, recoger ropa, ayudar donde hacía falta. Es difícil contar una vida así sin traicionarla, porque sus gestos no buscan escena. María Ángeles pertenecía a esa clase de almas que no interrumpen la historia con grandes discursos, pero la vuelven más habitable con delicadezas imperceptibles.

¡Oh Jesús!
¡Oh víctima adorable!
Dame tu cruz, tu corona
de espinas, por tu amor
las llevaré gustosa.
María Ángeles de S. José

En una estampa, probablemente de sus primeros años de convento, escribió dejando esta súplica: *"Llamo. Jesús, ábreme la puerta"*. En sus textos, breves en longitud, aparece una mujer que entendía la oración como llamada, espera y cercanía. Quería entrar en la intimidad de Cristo y vivir junto a Él; como quien ha encontrado por fin su lugar.

En una carta de 1935 a María de la Eucaristía, escrita el día de santa Teresa, aparece una de sus confesiones más limpias: *"¡Qué gracia tan grandísima nos ha concedido Jesús al elegirnos para sí!"*.

Leía con gusto a santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. En esa misma carta confiesa que acababa de terminar las Fundaciones y que tanto la Santa como los escritos del Santo Padre le parecían nuevos cada vez que los leía. Esa frase revela una familiaridad auténtica con la tradición carmelitana.

La caridad fue, también dentro del convento, su rasgo más visible. No una caridad sentimental, sino práctica, fina, cotidiana.

Quería ser pequeña, pasar desapercibida, desaparecer en el servicio. Un propósito suyo de enorme belleza: trabajar para ser *"el ángel de la caridad"* de su comunidad. No quería ser centro de nada; quería ser presencia buena, ayuda silenciosa, cuidado que llega antes de ser pedido.

En varias ocasiones manifestó deseo del martirio. Había escrito una entrega de su vida a Dios, pidiendo que la recibiera *"entre los dolores del martirio"* como testimonio de amor. Pero incluso ese deseo aparece en ella purificado por la humildad. Un día, al leer en recreo un artículo sobre el martirio, comentó a una hermana que era una dicha grande, pero que no se consideraba digna de esa gracia, y añadió que había que alcanzarla *"con la fidelidad en las cosas pequeñas"*; esa frase resume su vida entera. El martirio lo entendía, no como exaltación repentina, sino como la flor última inmolada, en una fidelidad diminuta y constante.

Pila bautismal de la Parroquia de la Magdalena, en Getafe, donde fue bautizada Marciana a los seis días de nacer.

Colegio de la Sagrada Familia, en Getafe. Marciana ingresó en él a los tres años y permaneció hasta los catorce, recibiendo allí toda su formación.

Marciana, el día de su Primera Comunión, celebrada en la Parroquia de la Magdalena, en Getafe.

Última fotografía de Marciana antes de su entrada en el Carmelo.

Marciana, adolescente.

CURIOSIDADES

La benjamina que pedía "coquitos" al Niño Jesús

Una de las notas más tiernas de la Beata María Ángeles de San José aparece en una carta dirigida a una hermana mayor de comunidad. En ella se llama a sí misma "esta pobre benjamina", expresión sencilla que deja ver cómo se situaba dentro del Carmelo: pequeña, agradecida, necesitada de oración y confiada en las hermanas que la precedían en el camino de Dios.

La carta tiene un tono familiar y luminoso. María Ángeles habla del Adviento como tiempo para preparar "una cunita muy rica al Niñito Jesús", y piensa ya en la Navidad, en cantarle y tocar panderetas "para que no llore". Su piedad no aparece fría ni distante, sino cercana, doméstica, casi de hogar: la fe convertida en ternura concreta.

Al final añade un detalle lleno de gracia: pide que al Niño Jesús le hagan muchos "coquitos" por ella. La imagen resume bien su alma: una carmelita joven, humilde y deseosa de santidad, pero con una frescura afectiva muy natural. En María Ángeles, la hondura espiritual no apagaba la ternura; la hacía más limpia.

UNA ESTAMPA PINTADA POR MARCIANA

Antes de ser la hermana María Ángeles de San José, Marciana ya sabía decir mucho con muy poco. En 1919, siendo todavía una muchacha, pintó una estampa religiosa y la regaló con una dedicatoria sencilla: "Recibe esta primera estampa, pintada por tu hermana. Como recuerdo de tu hermana. Marciana". Un gesto pequeño, casi doméstico, pero lleno de luz: una imagen hecha con sus manos, nacida de la fe y entregada como cariño.

No era solo una afición bonita. En aquella estampa se adivina ya una forma de vivir: cuidar lo pequeño, poner belleza en lo sencillo, dejar que la fe pase por las manos. Marciana crecía en un hogar profundamente cristiano, con una piedad natural, alegre y delicada. Quienes la conocían veían en ella una niña dócil, afable, piadosa, de esas presencias que hacen bien sin imponerse. Con el tiempo, aquella sensibilidad se hizo entrega. La joven que pintaba una estampa para regalar acabaría entregándose entera a Dios en el Carmelo. Por eso este detalle resulta tan elocuente: la santidad no empezó de golpe en el momento heroico final. Fue naciendo antes, en silencio, en la ternura familiar, en una fe cuidada día a día, en esa manera humilde de convertir un pequeño regalo en una ofrenda.

El año 1936 fue estrechando el cerco alrededor del monasterio. La vida escondida, que durante años había transcurrido detrás de rejas, celosías y muros, se vio obligada a salir al descampado de la historia. El 22 de julio la comunidad tuvo que abandonar el convento y refugiarse en casas amigas. María Ángeles, con otras hermanas, se refugió en el Hotel Iberia. Al día siguiente, ante el peligro, pasaron a una pensión próxima. Allí, por la noche, hablando con la madre priora, María Araceli del Santísimo Sacramento dejó escapar una frase que venía de muy dentro: *"¡Ay, madre nuestra, qué dicha si fuéramos mártires!"*.

El 24 de julio, la dueña de la pensión, atemorizada por albergar a tantas monjas —dieciocho en total—, les comunicó que solo podía tener allí a tres religiosas. Las demás debían buscar otro lugar. En este trance dejamos a las carmelitas y concretamente a las tres mártires. Hna. Teresa del Niño Jesús se ofreció a llevar a dos hermanas a casa de unos conocidos. Se acerca la Vida, la Luz, el Amor para fundirlas en un eterno abrazo. Por ahora camina junto a María Pilar y Teresa en busca de refugio.

Bta. M.ª Ángeles, a los 26 años, en la huerta del Carmelo de San José, poco después de su profesión solemne.

¡Oh Jesús! ¡Oh víctima adorable! Dame tu cruz, tu corona de espinas, por tu amor las llevaré gustosa. ¿Qué valen nuestras penas y sufrimientos, Jesús mío, con la inmensa dicha de sufrirlo por tu amor? ¿Qué más quiere la amada que padecer por el que ama? ¿Por quién podrá sufrir mejor, con más gusto, que por Aquel que murió por mi amor? ¡Oh, bendita cruz que a Jesús nos conduce!

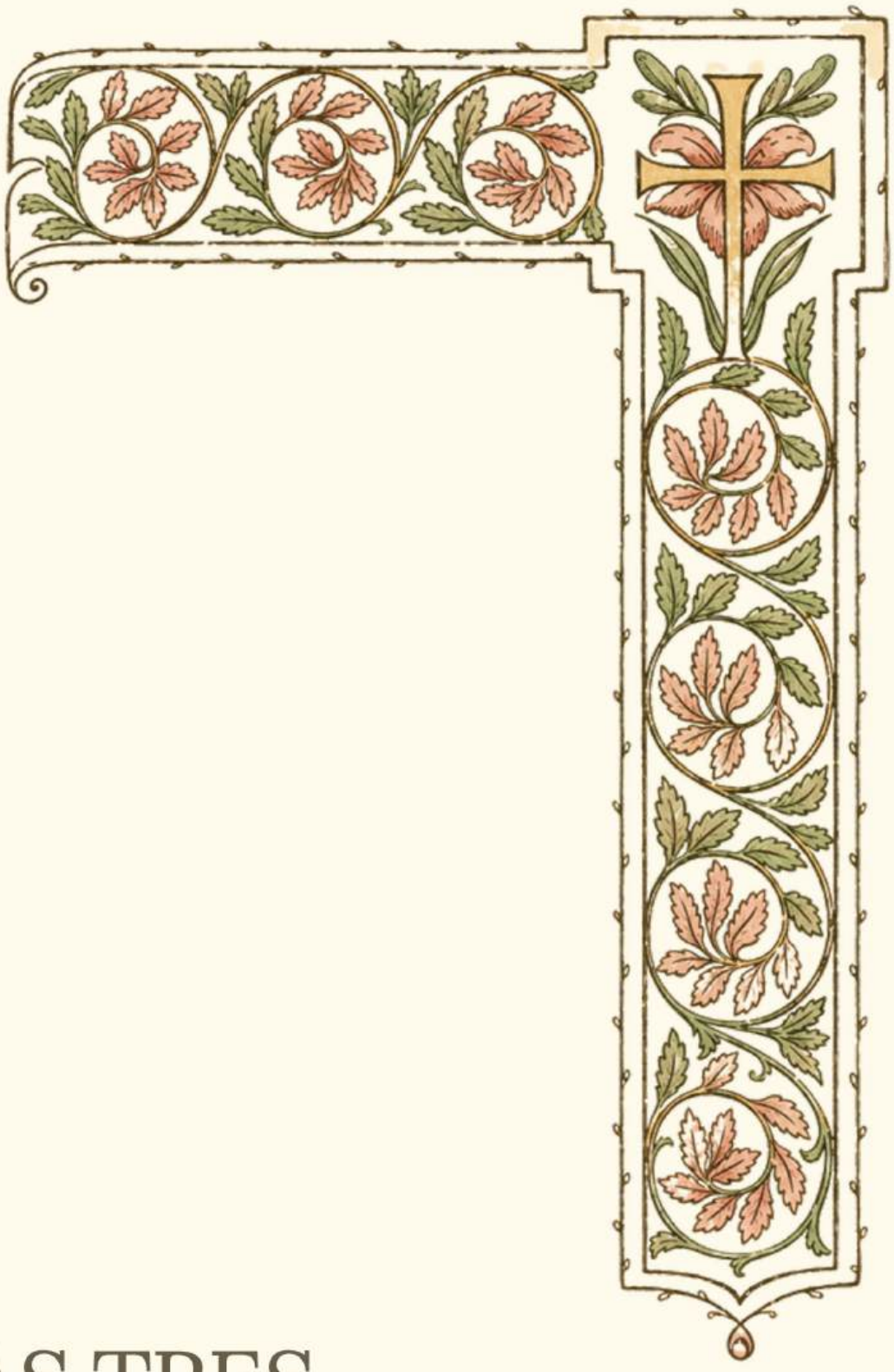
¡Oh Jesús mío! ¡Oh vida mía! Ten compasión de mí, no me dejes un instante, cura las llagas de mi alma y consume mi vida en Ti.

Soledad de virtudes adornada, desierto de deleites abundoso, olvido, desamparo, paz, reposo. Celda, cielo del alma enamorada. Aquí tengo mi vida consagrada a la sola memoria de mi Esposo. En cuyo pecho dulce y amoroso viviré para siempre sepultada. Quédese el mundo, pues, enhorabuena, gozando de sus vanas fantasías, que yo vivo libre de penas, logrando tus calladas alegrías.

de sus escritos...

de sus escritos...

María Ángeles de S. José



LAS TRES AZUCENAS

Martirio de las Carmelitas Descalzas de Guadalajara

5

Retrocedamos unas horas, porque hay noches en que la historia llama a una puerta con los nudillos de la muerte. No entra de golpe. Primero rodea la casa, respira detrás de los muros, enciende voces en la calle y hace que hasta las lámparas parezcan temblar. La noche del 22 de julio de 1936, el monasterio de San José de Guadalajara oyó esa llamada.

Dentro, las carmelitas sabían que algo definitivo se acercaba. Los gritos de la calle, los rumores de incendios, los pasos desordenados, las amenazas contra iglesias y conventos habían ido cerrando el cerco sobre aquella casa que durante siglos había vivido de silencio. Madre María Araceli comprendió que había llegado la hora de abandonar la clausura; aquello que para una carmelita descalza solo podía imaginarse como una violencia interior, se convirtió en obediencia urgente.

Antes de partir, recibieron la Comunión de manos del capellán, vestido ya de seglar y desafiando el peligro. Hubo prisa, lágrimas y una frase que debió de caer sobre la comunidad como una campana fúnebre: recibid esta Comunión como viático. Para quienes habían aprendido a vivir junto al Sagrario, aquella palabra no necesitaba explicación. Viático era pan para el camino. Y el camino, aquella noche, las llevaba fuera.

Salieron poco después, ya vestidas de seglar, por una puerta falsa abierta en la casa de la demandadera, desde una estancia donde se guardaban grano, alimentos para las gallinas y utensilios de faenar. La escena tenía la humildad de los nacimientos y el temblor de los éxodos: mujeres consagradas, ocultando bajo ropas civiles sus almas carmelitas, dejando atrás el monasterio por intervalos, de dos en dos, de tres en tres, como si cada pequeño grupo fuera una llama protegida contra el viento.

Hna. María Ángeles de San José llevaba bajo el vestido su gran escapulario y la correa. No quiso desprenderse de ellos. Podían quitarle la casa, el hábito visible, la seguridad de los muros, pero no la pertenencia, y ella lo sabía: era de Jesús, de nada ni de nadie más.

“Dadme muerte, dadme vida; dad salud o enfermedad, honra o deshonra me dad; dadme guerra o paz cumplida”.

— Teresa de los Andes

“¡Oh Jesús! ¡Oh víctima adorable! Dame tu cruz, tu corona de espinas, por tu amor las llevaré gustosa. ¿Qué valen nuestras penas y sufrimientos, Jesús mío, con la inmensa dicha de sufrirlo por tu amor? ¿Qué más quiere la amada que padecer por el que ama? ¡Oh, bendita cruz que a Jesús nos conduce!”.

— María Ángeles de S. José

La comunidad se dispersó por varios refugios. Algunas fueron al Hotel Iberia, en la calle Teniente Figueroa, junto a la iglesia de Santiago. Allí pasaron la noche madre Araceli y madre Magdalena, junto a las hermanas María Teresa del Sagrado Corazón, María Ángeles y María Pilar. Otras se refugiaron en una pensión cercana, conocida como la casa de *“la Ciega”*, en el número 10 de la misma calle. Allí quedaron Hna. Teresa del Niño Jesús y Hna. Inés. Aquella primera noche, la comunidad de San José dejó de ser un cuerpo visible y se convirtió en una constelación escondida por la ciudad.

En el Hotel Iberia, las hermanas bajaron a una habitación del sótano. La única ventana estaba cegada con un colchón para protegerse de las balas. Pronto entraron también las bernardas, refugiadas como ellas. El aire se volvió espeso, la noche interminable y el miedo se mezcló con la respiración de tantas mujeres encerradas en un cuarto bajo tierra. Rezaron las Horas en voz baja, con los breviarios que habían podido llevarse. El coro se había convertido en susurro. La clausura, en catacumba.

Hna. María Ángeles pasó aquella noche pidiendo a Dios el martirio. Era la ofrenda de su vida y no iba a dar un paso atrás. Mientras unas temían, otras se sostenían y otras enfermaban por la angustia, ella miraba hacia la muerte con una especie de castidad luminosa.

Al amanecer, después de una noche sin descanso, las hermanas vieron desde un balcón las columnas de humo negro que subían del casino incendiado. Les ofrecieron una taza de chocolate, pero apenas podían tragar. La ciudad tenía ese color sucio que dejan los incendios y la muerte: incertidumbre. Como el hotel estaba en gran parte ocupado por milicianos, comenzaron a buscar otro refugio.

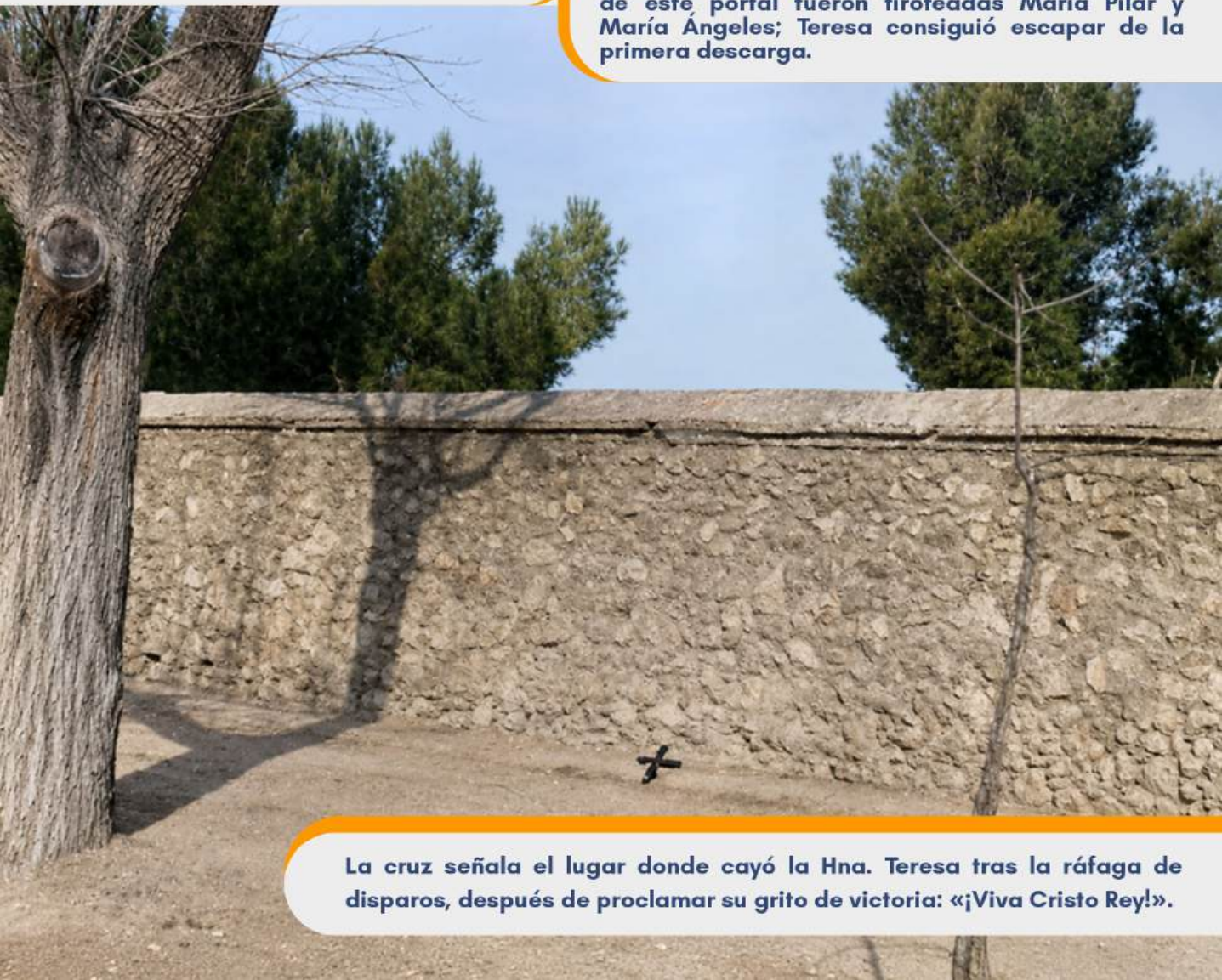
Cueva conventual, primer refugio de la comunidad al iniciarse los bombardeos sobre Guadalajara el 22 de julio de 1936.

Portón de acceso a la huerta.

Vista de la calle Teniente Figueroa y del Hotel España, uno de los lugares donde la comunidad de Carmelitas comenzó a refugiarse, distribuida en distintos domicilios de la zona.

Hotel Iberia. Guadalajara (España)

Número 5 de la calle Francisco Cuesta: a la salida de este portal fueron tiroteadas María Pilar y María Ángeles; Teresa consiguió escapar de la primera descarga.



La cruz señala el lugar donde cayó la Hna. Teresa tras la ráfaga de disparos, después de proclamar su grito de victoria: «¡Viva Cristo Rey!».

La hija de la tornera avisó de que en la pensión donde habían dormido Teresa e Inés podían recibir a dos más. Luego llegaron otras. Al final, en aquella casa de la calle Teniente Figueroa se reunieron doce religiosas. Entre ellas estaban las tres señaladas por Dios para aquella hora: María Pilar, Teresa y María Ángeles.

El 23 de julio fue un día suspendido, casi agónico, previendo un futuro inmediato y alertas, para no dejar al Maestro en Getsemaní sufrir solo. Llegaban noticias, amenazas, rumores; nadie sabía qué puerta podía abrirse ni cuál podía cerrarse para siempre. Hna. Rosa, que pasó la tarde con las tres futuras mártires, nos cuenta que vio en ellas serenidad y conformidad con la voluntad de Dios. No había palabras contra los perseguidores. No había gesto de rencor. Solo esa paz difícil, propiedad de los hijos de Dios.

María Ángeles encontró todavía modo de escribir a su hermana Marcelina, que también había tenido que salir de su convento y se encontraba con la familia en Madrid.

No conservamos el texto exacto, pero sí el recuerdo de su destinataria: en aquella carta, María Ángeles expresaba el dolor de haber tenido que abandonar el convento e insistía en sus deseos de martirio, recordando que el discípulo no debe estar en mejores condiciones que el Maestro. En plena desbandada, cuando tantas personas buscaban salvar la vida, ella pensaba en parecerse a Cristo.

Llegó la última noche. Hna. María Ángeles durmió en la misma habitación que madre Araceli. Varias veces le repitió, con una mezcla de deseo y ternura: *"Madre, qué dicha si fuéramos mártires"*. La priora, herida por aquellas palabras que sonaban a despedida, la mandaba callar suavemente: *"Calla, hija, calla"*.

Pero Hna. María Ángeles hablaba desde una certeza de una voluntad alegremente rendida a los planes altos del Rey del Cielo. Como si la gracia, al acercarse, hubiera encendido en ella una lámpara interior.

Tomé por abogado
y señor al glorioso
San José, y encomendéme
mucho a él
Teresa de Jesús.

CURIOSIDADES

Guardadlo todo: un día serán reliquias

Poco después del martirio de la Beata María Ángeles de San José, Madre Araceli, priora del Carmelo de San José de Guadalajara, escribió a la familia de la joven carmelita con una intuición que el tiempo acabaría confirmando: debían conservar todo cuanto guardasen de ella, porque algún día haría falta como reliquia.

La frase impresiona por su cercanía a los hechos. No nace de una devoción tardía ni de una memoria embellecida con los años, sino del estremecimiento inmediato de una comunidad que acababa de perder a tres hermanas. Madre Araceli comprendió muy pronto que aquella muerte no podía leerse solo como tragedia, sino como testimonio.

Así, mientras la ciudad seguía marcada por el miedo y la dispersión, empezó en silencio otra historia: la de la memoria. Cartas, objetos, recuerdos y pequeños signos familiares comenzaron a conservarse no por nostalgia, sino por una certeza interior: la sangre de aquellas tres carmelitas no se perdería en el polvo de la historia.

Aquella misma noche, Hna. María Teresa del Sagrado Corazón volvió a encontrarse mal. Hna. María Pilar, que dormía en la misma habitación, fue a buscar a Teresa, la enfermera ideal de la comunidad. Teresa se levantó sin vacilar y en una casa ajena, sin los recursos del convento, preparó una taza de tila y no se apartó de la enferma hasta que la vio tranquila.

El 24 de julio amaneció con la claridad amarga de los días que no quieren ser recordados y, sin embargo, quedan escritos para siempre con un peso de gloria que a priori, será difícil imaginar. En la pensión ya no podían permanecer tantas religiosas. Había que buscar otro refugio. Teresa se ofreció para acompañar a dos hermanas a una casa conocida. María Pilar y María Ángeles fueron con ella.

Llegaron al portal de la calle Francisco Cuesta, número 5. Allí pensaban encontrar amparo. Pero en aquel umbral la historia se cerró sobre ellas. Fueron reconocidas antes de entrar como religiosas por unos milicianos dispuestos a darles caza. Las obligaron a salir y fuera, las esperaba el Amado, fundiéndolas en su Pasión.

Primero salieron María Pilar y María Ángeles. Apenas cruzaron la puerta, recibieron la descarga. Los disparos rompieron la tarde y abrieron en la calle un silencio y un olor a muerte y pólvora. Las dos quedaron gravemente heridas. María Ángeles, la hermana pequeña, la que había pedido ser mártir esa misma noche, entró en su pasión sin discursos. Su muerte tuvo la forma que había tenido su vida: escondida, callada, ofrecida.

María Pilar, en cambio, vivió todavía un calvario más largo. Fue conducida a una farmacia donde no podían hacer nada por ella, luego a la Cruz Roja. Allí la atendieron médicos enfermeros. Estaba gravemente herida, pero consciente. Había recibido un aluvión de disparos que habían destrozado su columna y para asegurarse, una puñalada a la altura de su cadera. Era necesario trasladarla al hospital, y en la calle, en el puesto de socorro, en el hospital, aquella mujer de cincuenta y ocho años, comenzó su gran diálogo final.

Toda su vida había deseado la santidad y se había acusado de no tener más que deseos.

Cementerio de Guadalajara. Las macetas marcan el lugar donde fueron tirados los cuerpos de las tres beatas, hasta su sepultura.

Mesa mostrador de la farmacia Sáenz: sobre ella fue atendida la Hna. Pilar en un primer momento, antes de ser trasladada a la Cruz Roja, y luego al Hospital Provincial, donde finalmente murió. Hoy se conserva como altar en el noviciado

LA CUARTA FLOR ESCONDIDA

Hna. Inés de Jesús nació en Burgos el 21 de enero de 1886, en una familia cristiana formada por Pablo Moral y Nicasia Andrés. Desde niña mostró un corazón intensamente apostólico: soñaba con ser sacerdote para salvar muchas almas y, con la inocencia propia de su edad, llegó a pedir al Señor que la hiciera niño para poder servirle así. Muy pronto sintió también la llamada al Carmelo, aunque sus padres no pudieron permitirle la entrada hasta años después.

Desde sus primeros años fue acompañada espiritualmente por el P. Tiburcio de San José, carmelita descalzo y prior entonces en Burgos. Antes de cumplir los quince años quiso ser admitida en el convento de Carmelitas Descalzas de su ciudad, pero su juventud y las dificultades familiares retrasaron aquel deseo. Los reveses económicos que sufrió su casa prolongaron la espera hasta los veintiún años, una prueba que fue preparando su alma para una vida marcada por el desprendimiento y la confianza.

Entró en el Carmelo de San José de Guadalajara el 9 de mayo de 1907, fiesta de la Ascensión, y tomó el hábito ese mismo día. Profesó al año siguiente, el 25 de mayo de 1908, fiesta de Santa María Magdalena de Pazzis, santa por la que tenía gran devoción. En 1911 se ofreció como víctima al amor misericordioso de Dios y dejó escrita una hermosa protesta de fe: quería vivir y morir como hija sumisa y fiel de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

En esa misma línea dejó también una invocación que resume su tono interior: "¡*Oh único tesoro mío! ¡Oh buen Jesús! Viva yo siempre de Vos solo y amaos siempre más y más*". No era una frase piadosa aislada, sino el centro de una vida religiosa entendida como pertenencia total. Hna. Inés quería desaparecer en Dios, vivir de Él y para Él, y convertir la clausura en un apostolado escondido de oración, penitencia y amor.

Su vida religiosa quedó marcada por tres palabras: amor, celo apostólico y sufrimiento. No buscó grandes gestos visibles, sino una vida escondida, ofrecida por la conversión de los pecadores y la salvación de España. En sus escritos aparece una espiritualidad muy intensa, centrada en la cruz, en el deseo de consolar al Corazón de Jesús y en vivir "de puro amor en el puro sufrimiento", siempre conforme a la voluntad de Dios.

En sus cartas asoma también una serenidad sorprendente ante el clima cada vez más difícil de España. Ya en 1932 escribía que la paz y felicidad de su vida eran "incontrastables" porque se fundaban en Dios. Le dolía el odio contra Cristo y la Iglesia, pero su respuesta no fue el resentimiento, sino una resolución profundamente evangélica: "amar a Dios por los que no le aman". Su ideal era sencillo y absoluto: dar gloria a Dios, hacerse santa y ofrecerse por quienes se alejaban de Él.

Ese deseo de entrega llegó a expresarlo también de forma pública. En la Semana Santa anterior a su desaparición, según la memoria conservada por la comunidad, se ofreció como víctima a la divina justicia por la conversión de los pecadores y la salvación de España. A la luz de su final, aquel gesto adquiere una fuerza especial: no fue una emoción pasajera, sino la culminación de una vida que llevaba años preparándose para amar desde la cruz.

En diciembre de 1937, después de muchas privaciones, enfermó gravemente justo cuando las religiosas fueron obligadas a evacuar hacia Barcelona. No pudo continuar el viaje: al llegar a Valencia, su estado empeoró y tuvo que quedarse allí para ser llevada a una clínica. Desde entonces se perdió toda huella de ella. Tenía 51 años. Su final quedó envuelto en el silencio, como había sido su vida: oculta, ofrecida y sostenida por el amor a Dios.

"Quiero sufrir lo más que aquí se pueda,
y pagar Tu dolor con mi dolor,
y que sacies mi sed de sufrimientos,
que no puedo saciar la de mi amor."

Hna. Inés de Jesús

Hna. Inés de Jesús poco antes de entrar al Carmelo de San José de Guadalajara (España).

LA SALVE QUE REZARON SIN SABERLO

Una de las escenas más estremecedoras del día del martirio ocurrió dentro de la pensión donde se habían refugiado varias carmelitas. Era la tarde del 24 de julio de 1936. La dueña de la casa no podía seguir acogiendo a tantas religiosas, y Hna. Teresa del Niño Jesús se ofreció a acompañar a Hna. María Pilar y Hna. María Ángeles a casa de una conocida donde esperaba que las recibieran.

Salieron hacia las cuatro de la tarde. Pasado un cuarto de hora o veinte minutos, las hermanas que quedaron en la pensión oyeron unas detonaciones muy cerca. Sobresaltadas, hicieron lo que una carmelita sabe hacer incluso en medio del miedo: rezaron. Rezaron una Salve por *"aquellos pobrecitos que acababan de caer"*.

Lo que no sabían todavía era que aquellos "*pobrecitos*" eran sus propias hermanas. La oración que brotó espontánea por unos desconocidos fue, sin que ellas pudieran imaginarlo, la primera plegaria comunitaria por las tres beatas mártires de Guadalajara. La noticia llegaría después, con toda su dureza; pero antes que el dolor, ya había subido al cielo una Salve.

"Dios te salve, Reina y Madre"

En aquella hora, los deseos se hicieron carne rota, ofrenda agradable, incienso quemado. La *"hormiguita de Jesús"*, la que quería llevar de la mañana a la noche pequeños granos al Sagrario, llevaba ahora el último grano: su propia vida. Y lo llevaba no con amargura, sino con perdón: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"*.

Teresa había salido la última del portal. Por eso las primeras balas no la alcanzaron. Durante unos instantes quedó abierta para ella una posibilidad mínima de escapar. Corrió unos metros e intentó entrar en el Hotel Palace, situado cerca del cruce de Miguel Fluiters con Teniente Figueroa, pero unos milicianos le impidieron refugiarse. Trataron tomarla del brazo. Teresa lo rechazó con energía.

La condujeron hacia la calle San Juan de Dios. Bajo un balcón y a escondidas, una mujer (testigo privilegiado) escuchó al miliciano decirle con falsa dulzura que no tuviera miedo, que aquellos eran unos brutos, unas bestias, y que él la llevaría a un sitio donde no le ocurriría nada. Teresa repetía jaculatorias: Jesús, Jesús.

Otra vecina piadosa, al verla, pensó que aquella mujer debía de estar enferma y quiso darle un vaso de agua. Teresa lo acercó a los labios y apenas lo probó. El camino continuó por la calle de La Normal, por la travesía de Dávalos, hacia la plaza. En torno a ella se fueron sumando otros milicianos. A un panadero que estaba cerca de la fuente, uno de ellos le advirtió que si oía tiros no se asustara: llevaban a aquella mujer hacia abajo. El gesto señalaba el camino del cementerio.

Teresa lo comprendió todo y no se resistió. Preguntó si aquel era el camino del Gobierno Civil. La respuesta real estaba en los pasos de quienes la rodeaban. No la conducían a una autoridad; la conducían al final.

Y entonces, en algún punto de aquel itinerario que ya no era calle sino calvario, Teresa echó a correr. No quería salvarse; corrió con los brazos en cruz, gritando una y otra vez: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!

Una descarga cortó sus pasos y le regaló paradójicamente la vida eterna. Cayó como caen los testigos cuando la violencia cree haber vencido y solo ha terminado de escribir su nombre. En aquella calle, Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz dejó de correr y comenzó a volar.

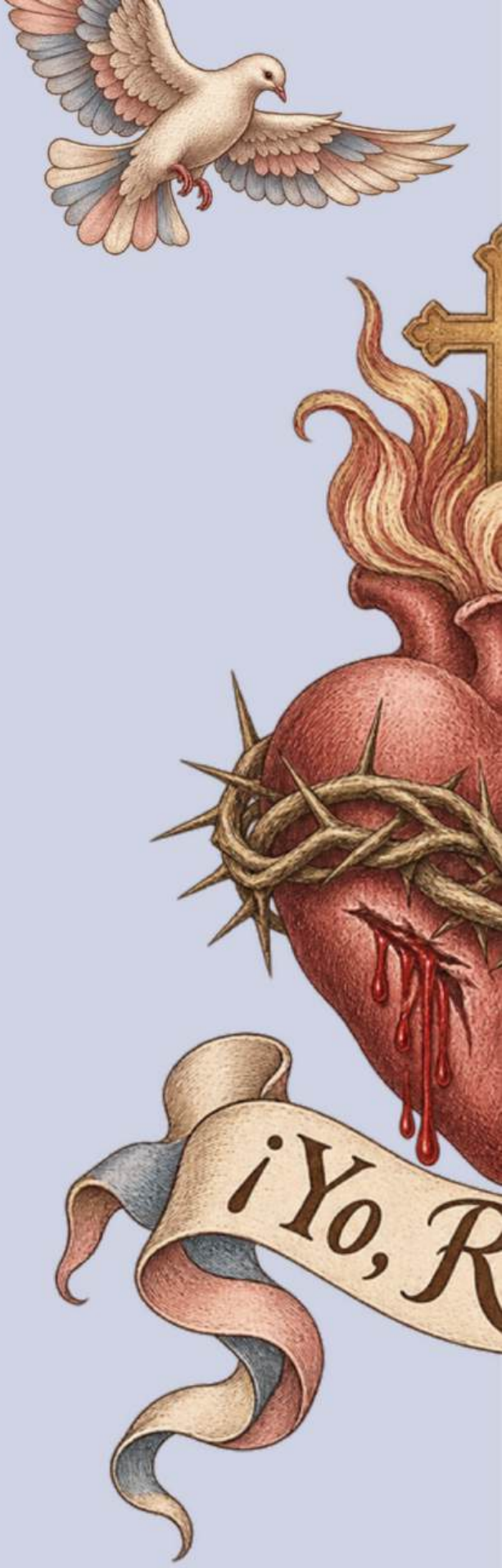
María Ángeles, la pequeña, entró en el martirio como había vivido: sin ocupar sitio, sin levantar la voz, dejando que su silencio dijera lo esencial. Pilar, la hermana del secreto, convirtió la agonía en una súplica de perdón. Teresa, la última, puso en la calle el nombre de Cristo con los brazos abiertos.

> *Teresa de Jesús.*
>
> ¡Oh Señor de mi alma y bien mío! ¿Por qué no quisisteis que en determinándose un alma a amaros, y hacer cuanto pudiere por dejarlo todo para mejor emplearse en este amor de Dios, gozase luego de subir a tener este amor perfecto?”.

> *Teresa del Niño Jesús.*
>
> Dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleza a muchas niñas santas, y se la dio para pasar tantos tormentos”.

La noticia de la muerte de las tres se extendió enseguida. Sus hermanas, resguardadas en su refugio, recibieron entre los conocidos la primera señal, pues sin saberlo, escucharon las ráfagas que hirieron mortalmente a dos de sus hermanas. Por lo demás, no hizo falta fabricar una fama ni levantar un relato artificial. Quienes las vieron, quienes las recogieron, quienes escucharon sus últimas palabras o supieron de su modo de morir, las reconocieron como mártires. La comunidad dispersa llevó la noticia como se lleva una herida y una luz. Guadalajara, Portugal, Francia, Azcoitia, Lisieux: los nombres empezaron a viajar por cartas, recuerdos y testimonios.

Aquel 24 de julio murieron tres mujeres concretas. Tres azucenas, sí. Pero no de cristal. Azucenas de carne, de historia, de miedo vencido, de heridas abiertas y fidelidad entera. El Carmelo de San José las había formado durante años en la escuela de lo pequeño: el martirio solo reveló lo que la vida escondida había atesorado. Y cuando la tarde terminó de caer sobre Guadalajara, la ciudad no lo sabía todavía, pero tres nombres habían quedado escritos en esa región donde la sangre de los mártires no pide venganza, sino reparación: tres azucenas del Carmelo, abiertas para siempre en la noche.

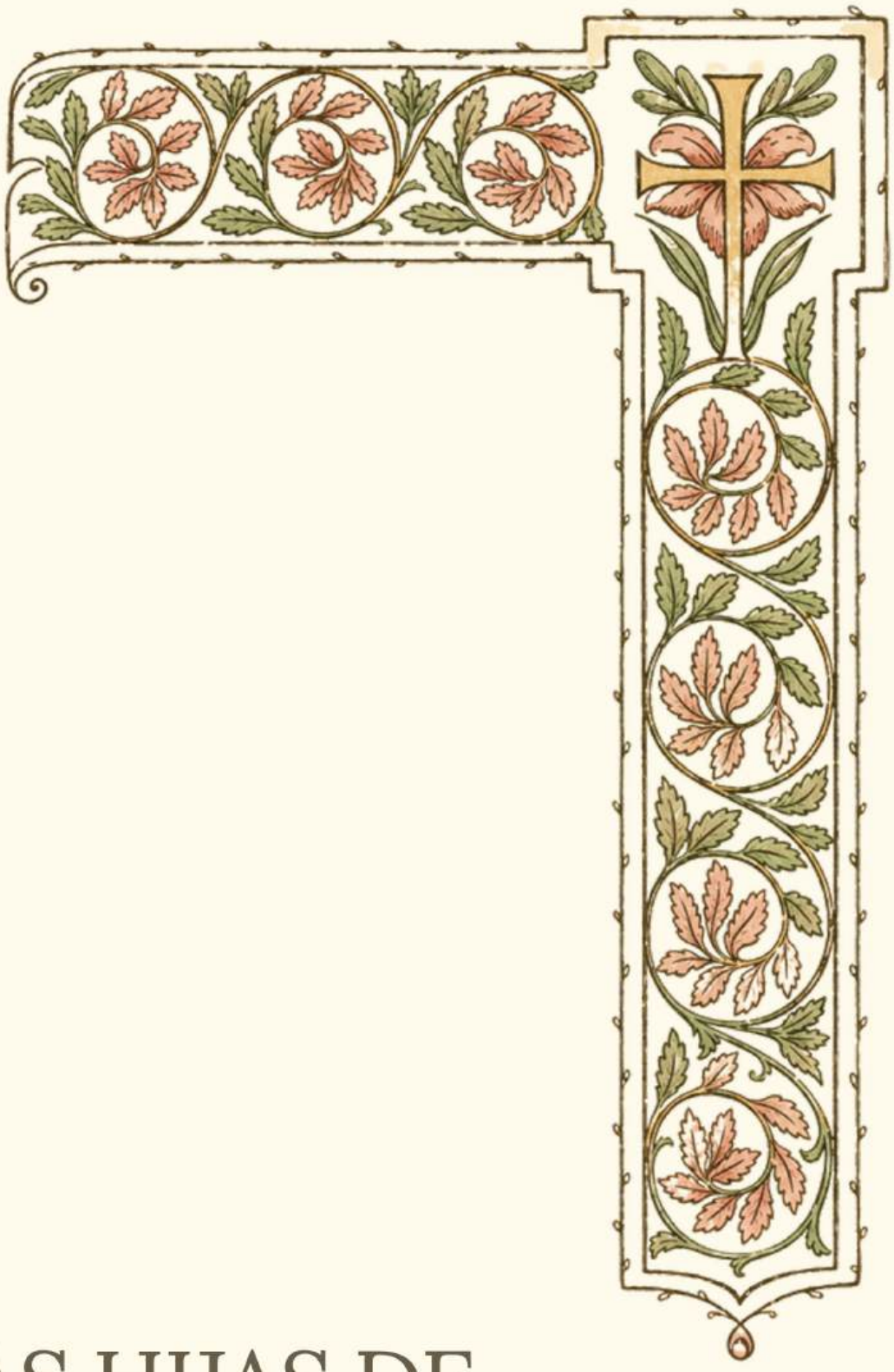


La memoria que no se apagó
Fama de santidad y beatificación

Después del 24 de julio de 1936, en el Carmelo de San José de Guadalajara, comenzó a conservarse una certeza íntima: aquellas tres religiosas no habían sido solamente víctimas, sino testigos de una fidelidad madurada al Sol de Justicia.

La documentación recogida para la causa permitió estudiar el camino interior que había preparado a cada una. Los testimonios de quienes las conocieron mostraban mujeres reales, sin artificio, alegres, laboriosas, fieles a la vida común. Esa es una de las claves más hermosas de su proceso: la Iglesia no reconoció únicamente una muerte, sino una vida entera orientada hacia Dios.

El 22 de marzo de 1986 fue promulgado el decreto que reconocía oficialmente el martirio de las tres Carmelitas Descalzas de Guadalajara. Con ello quedaba abierto el camino para su beatificación. Un año después, el 29 de marzo de 1987, san Juan Pablo II las beatificó en Roma.



LAS HIJAS DE SANTA TERESA

Carmelitas Descalzas de Guadalajara, hoy.

6

Carmelitas Descalzas de Guadalajara, hoy.

Las Carmelitas Descalzas nacen del corazón enamorado de santa Teresa de Jesús, en pleno siglo XVI. No son solo la rama más austera del Carmelo antiguo, sino una familia espiritual hoy independiente, nacida y heredera del celo de los primeros eremitas sobre el Carmelo.

Su ideal: volver a la raíz evangélica de la vida carmelitana con pobreza, oración, fraternidad y libertad interior. En 1562, Teresa funda en Ávila el monasterio de San José, una pequeña casa de mujeres consagradas enteramente a Dios, donde la vida no debía medirse por grandezas externas, sino por la hondura de la oración y la verdad del amor. El tañido de una campanita rota marcó el comienzo.

El Carmelo teresiano es, ante todo, una escuela de amistad con Cristo. Para santa Teresa, orar no es refugiarse en una idea o practicar una técnica espiritual, sino "tratar de amistad" con "Aquel que sabemos nos ama". Esa definición atraviesa toda la vida de una carmelita descalza: la celda, el coro, el silencio, el trabajo, la recreación y la clausura tienen sentido si custodian ese trato vivo con Dios. La monja carmelita no se aparta del mundo por desprecio, sino para llevarlo más adentro, hasta el corazón de Cristo.

No os pido más
que le
miréis
Teresa de Jesús.

El carisma carmelitano es contemplativo, pero profundamente eclesial. Teresa no fundó sus monasterios para crear refugios intimistas, sino para servir a la Iglesia desde la oración. Sus hijas rezan por los sacerdotes, por los evangelizadores, por los pecadores, por los que sufren, por la paz, por las necesidades de la Iglesia y del mundo. En el silencio del Carmelo late una dimensión apostólica muy honda: no predican desde una plaza, pero sostienen la misión desde la raíz. Su fecundidad no se mide por actividad visible, sino por la unión con Dios ofrecida por todos.

La Eucaristía ocupa el centro de esta vida. El Sagrario es el corazón de la casa. Ante Cristo presente, la carmelita aprende a mirar, a esperar, a amar y a dejarse transformar. De ahí brotan la oración mental, la liturgia de las Horas, la lectura de la Palabra, la adoración silenciosa y esa vigilancia interior que convierte la vida entera en ofrenda. Junto a la Eucaristía, la Virgen María, Nuestra Señora del Carmen, aparece como madre, modelo y presencia familiar. Carmelita es quien aprende a vivir bajo su manto, con una fe humilde, obediente y disponible.

DE NUESTRAS CONSTITUCIONES

> *Constituciones*
>
> "Para que Dios more así agradado en el monasterio, esfuércense las monjas en tener un solo corazón y una sola alma y en honrarse mutuamente como verdaderas hermanas".

> *Constituciones*
>
> "Cada monasterio de Carmelitas será 'rinconcito de Dios, morada de su gloria, paraíso de su deleite, un palomarcito de la Virgen Nuestra Señora', donde se viva en plenitud el misterio de la Iglesia que es Esposa de Cristo".

Procuremos siempre mirar las virtudes
y cosas buenas que viéremos en los otros,
y tapar sus defectos con nuestros grandes
pecados.
teresa de jesús.

> Constituciones
>
> Las Carmelitas Descalzas deberán, ante todo, unirse fervientemente a Jesucristo para que de tal unión se derive esta misteriosa fecundidad apostólica que la Iglesia exige en nuestros tiempos a los monasterios de vida contemplativa".

DE NUESTRAS CONSTITUCIONES

> Constituciones
>
> El centro de esta vida es la Sagrada Escritura, fuente de donde se nutren la oración contemplativa y la oración eclesial acomodada a las prescripciones de la Sagrada Liturgia".

La clausura, por tanto, no es aislamiento estéril. Es una forma radical de presencia. La carmelita vive escondida para interceder; se retira para permanecer; calla para escuchar; empobrece su vida para que Dios sea su riqueza. Desde fuera, su existencia puede parecer repetida: oración, liturgia, trabajo, lectura espiritual, silencio, vida común. Pero desde dentro, cada jornada es un lugar de encuentro. La fidelidad a lo pequeño: levantarse, acudir al coro, guardar la caridad, trabajar con sencillez, perdonar, empezar de nuevo— se convierte en una forma de amor sostenido. Santa Teresa quiso comunidades pequeñas, humanas, fraternas, donde las hermanas pudieran conocerse, ayudarse y caminar juntas hacia Dios. Por eso el Carmelo no es solo soledad: es también familia. La vida común ocupa un lugar esencial. La Santa Madre insistía en tres virtudes como cimiento de la vida contemplativa: el amor de unas con otras, el desasimiento de todo lo creado y la humildad verdadera. Sin caridad, la clausura se endurece; sin pobreza interior, la oración se llena de ruido; sin humildad, incluso la vida religiosa puede convertirse en apariencia.

NUBECILLA FECUNDA

El Carmelo nació antes como vida de ermita que como estructura conventual. A finales del siglo XII y comienzos del XIII, algunos peregrinos y penitentes latinos se retiraron al Monte Carmelo, en Tierra Santa, cerca de la fuente de Elías, para vivir en celdas separadas, en oración, silencio y pobreza, reunidos en torno a una pequeña capilla dedicada a la Virgen María.

Por eso Elías y María atraviesan toda la espiritualidad carmelitana. El profeta representa el alma que permanece ante Dios en el monte; y aquella pequeña nube que vio subir del mar, "como la palma de una mano", fue leída por la tradición como imagen de María: humilde, silenciosa y portadora de la lluvia de la gracia. Desde entonces, cada carmelita descalza guarda algo de ese origen: vivir escondida ante Dios, como Elías, bajo la mirada de María, como una pequeña nube de oración para un mundo sediento.

La espiritualidad de las Carmelitas Descalzas une a Teresa de Jesús y a san Juan de la Cruz. De Teresa reciben la humanidad cordial, la alegría, la amistad con Cristo, el realismo, la vida fraterna y la pasión por la Iglesia. De Juan de la Cruz, la purificación del deseo, la noche de la fe, el camino hacia la unión con Dios y la libertad de quien nada quiere fuera del Amado. Ambos enseñan que la santidad no consiste en escapar de la condición humana, sino en dejar que Dios la atraviese y la transforme. Por eso la vida carmelitana es sobria, pero no triste; austera, pero no inhumana; silenciosa, pero no vacía. En los monasterios hay trabajo, humor, cocina, costura, enfermedad, ancianidad, cansancio, recreación y pequeños servicios. Santa Teresa desconfiaba de las espiritualidades desencarnadas. Sabía que Dios también anda entre los pucheros, en la obediencia concreta, en el trato diario, en la hermana difícil, en la enfermedad llevada con paz, en la palabra callada a tiempo y en el gesto escondido que nadie agradecerá.

San José de Guadalajara, hoy: como hace cientos de años, la vida de la carmelita transcurre entre la oración y el trabajo, con fuertes momentos de vida comunitaria.

No está la cosa
en pensar mucho,
sino en amar mucho
teresa de jesus.

CURIOSIDADES

La campanilla rota del primer Carmelo

El 24 de agosto de 1562, fiesta de san Bartolomé, nació en Ávila el primer monasterio de la Reforma teresiana: San José. Santa Teresa soñaba una casa pobre y fraterna, de no más de trece monjas, pero aquel día solo entraron cuatro jóvenes. La fundación comenzó al toque de una campanilla humilde, comprada más barata porque había salido de la fundición con un agujero.

El inicio fue difícil. La ciudad se agitó contra el nuevo convento y Teresa tuvo que volver a la Encarnación mientras se resolvían las tensiones. Solo después pudo trasladarse a San José y formar allí a sus primeras hijas en pobreza, oración, alegría y confianza en Dios. Así empezó el Carmelo Descalzo: con cuatro mujeres, una fundadora obligada a esperar y una campanilla rota que siguió sonando.

Ese comienzo pequeño revela la intuición de Teresa: el Carmelo no debía apoyarse en la fuerza exterior, sino en la fidelidad de unas pocas almas entregadas a Dios. San José no fue solo un convento nuevo, sino el inicio de una reforma nacida de la pobreza, la amistad y la oración.

En estos tiempos
son menester amigos
fuertes de Dios
teresa de jesus.

Fieles al carisma de la Santa Madre, las Carmelitas Descalzas recuerdan a la Iglesia que lo esencial no siempre hace ruido. Su vida proclama que Dios basta, que la oración sostiene el mundo, que la amistad con Cristo puede llenar una existencia entera y que la fecundidad más profunda nace muchas veces de lo oculto. En una época que mide casi todo por la eficacia inmediata, el Carmelo sigue siendo una lámpara encendida: pequeña, silenciosa, necesaria.

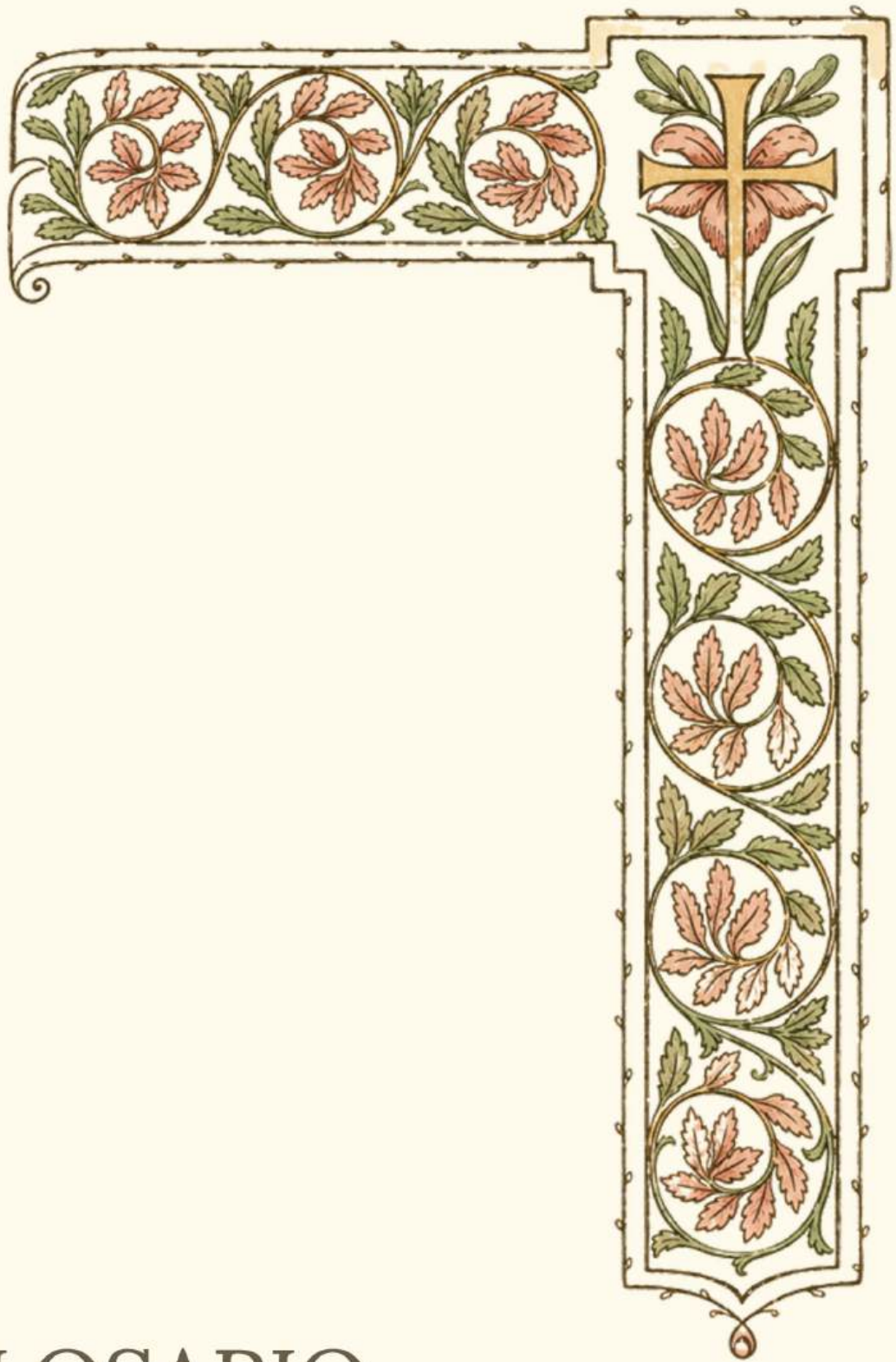
DESCALZAS: CAMINAR CON MENOS MUNDO Y MÁS DIOS

"Descalzas" no significa simplemente ir sin zapatos, sino abrazar una vida más pobre, sencilla y libre, fiel al espíritu que Santa Teresa quiso recuperar en sus fundaciones. Según sus Constituciones, las carmelitas descalzas usan alpargatas, un calzado humilde y austero que recuerda ese deseo de caminar sin vanidad, sin exceso y sin apoyarse en las seguridades del mundo. En el Carmelo, lo "descalzo" no habla solo de los pies: habla de una forma entera de vivir ante Dios, con menos ruido, menos adorno y más oración.

ORACIÓN PARA PEDIR GRACIAS

¡Oh Jesús amorosísimo, que aceptaste el ofrecimiento que de sus vidas te hicieron tus fieles siervas las Beatas María Pilar, Teresa y María Ángeles, realizando los ardientes deseos que tuvieron de derramar su sangre por el triunfo de Tu Reinado universal! Por la gloria que te dieron proclamando Tu realeza y perdonando a sus enemigos, haz que todos los corazones se sometan al dulce imperio de tu amor y que entre los hombres y en los pueblos brillen siempre los dones de la reconciliación y de la paz. Concédenos la canonización de las Beatas y su ardor en el cumplimiento de Tu santa voluntad y ayúdanos con las gracias especiales que ahora por su intercesión Te pedimos. Amén

Padrenuestro, Avemaría y Gloria



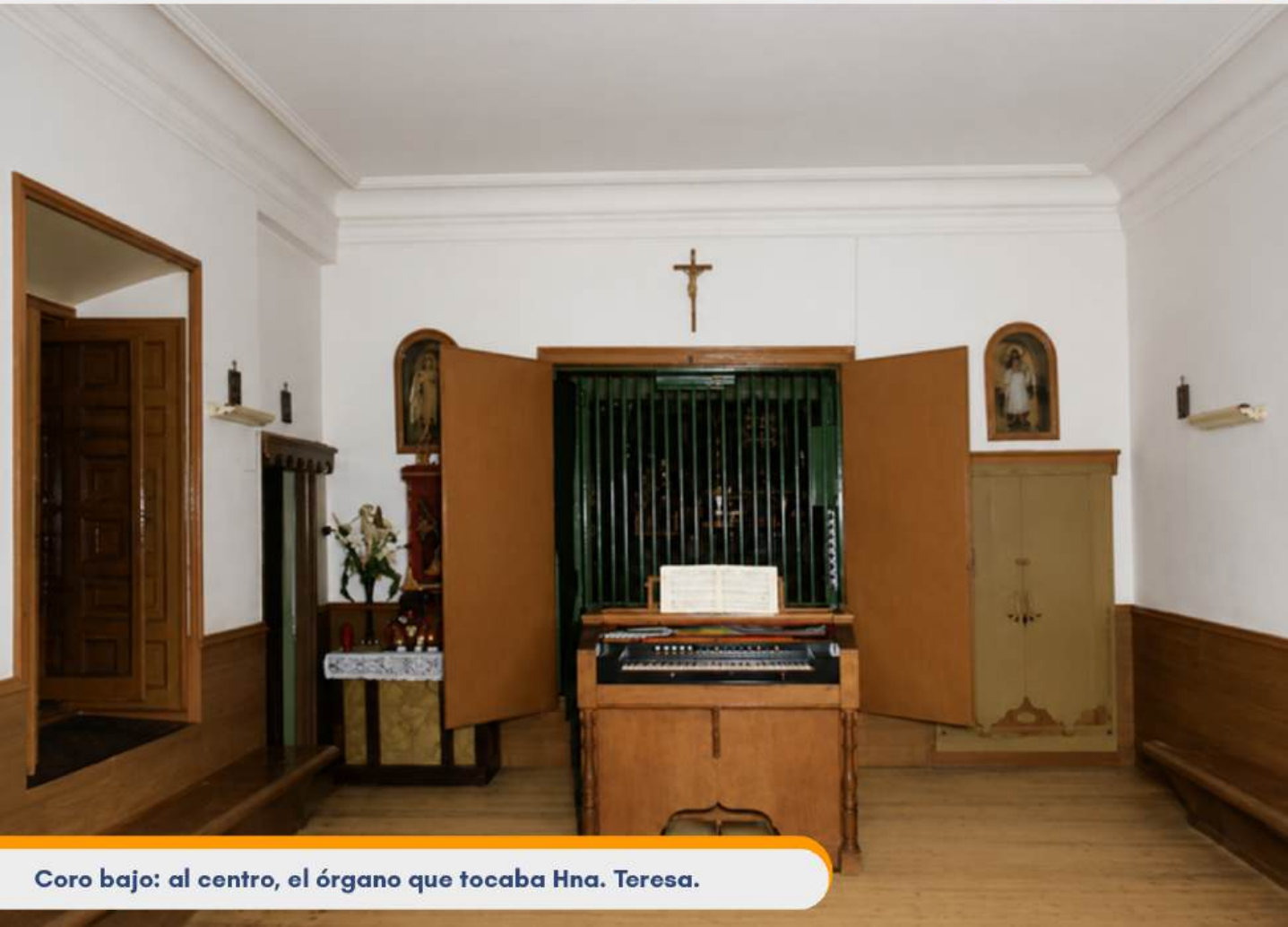
GLOSARIO GRÁFICO

Carmelitas Descalzas

Iglesia conventual en la actualidad. CCDD de San José, Guadalajara.

Otro ángulo de la fachada conventual

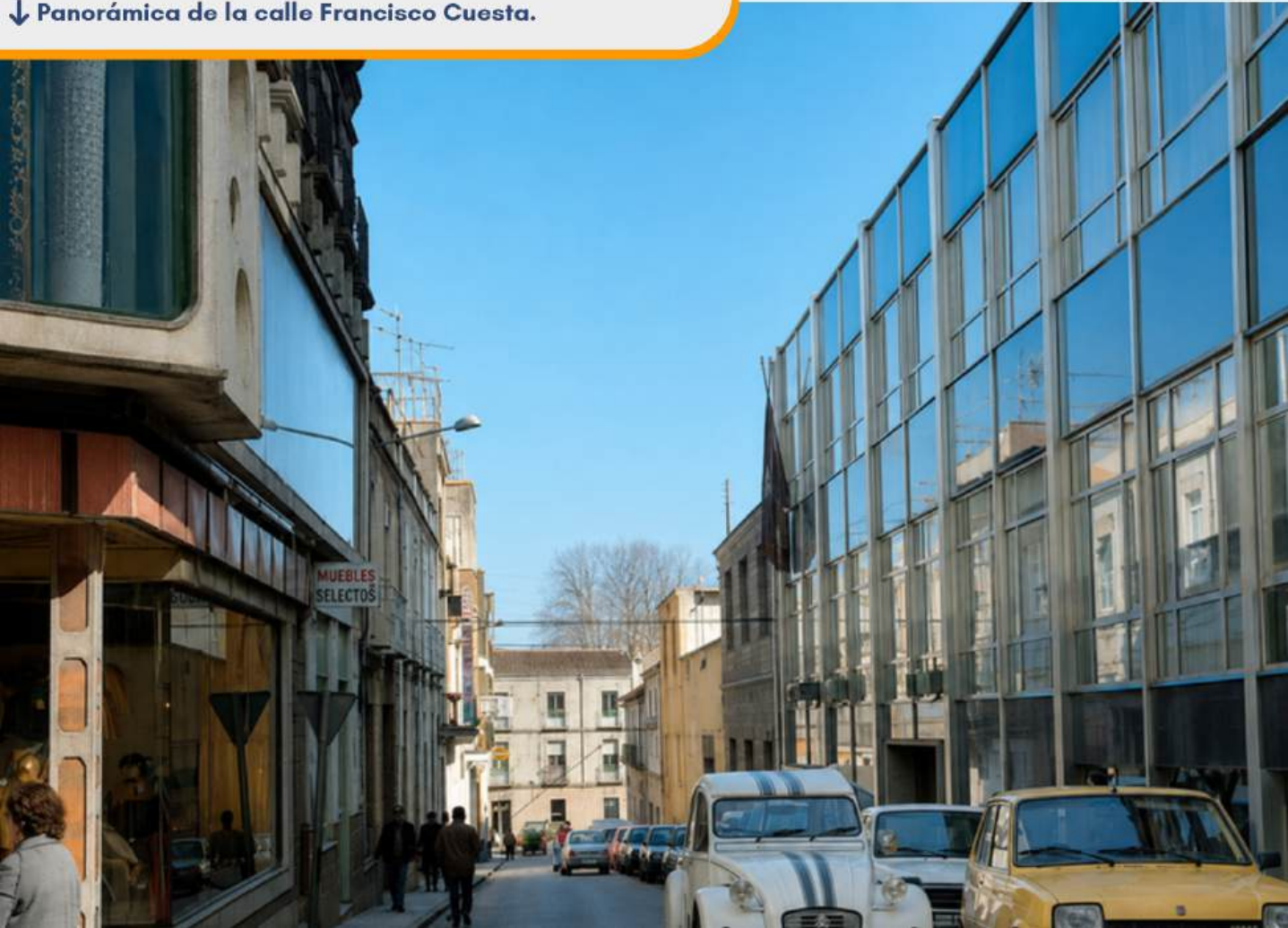
Locutorio exterior



Coro bajo: al centro, el órgano que tocaba Hna. Teresa.

Don Julián, hermano de la Hna. Teresa, con dos testigos de su martirio.

↑ Hospital provincial: aquí murió finalmente la Hna. Pilar
↓ Panorámica de la calle Francisco Cuesta.



Libros litúrgicos utilizados por las tres beatas

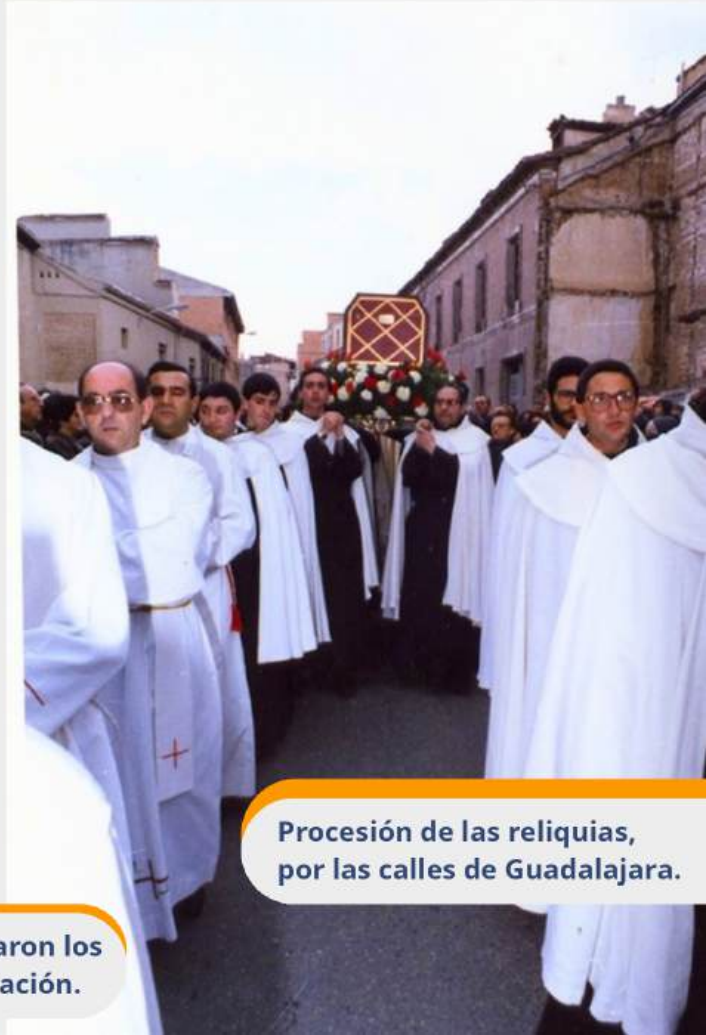
↑ Cruz de profesión de Hna. María Ángeles.

↓ Recuerdos de las Beatas, conservados en San José de Guadalajara. CCDD.

Cementerio: entre el camino y el muro sepultaron los cuerpos de las mártires.

Farmacia Sáenz: primer lugar donde fue atendida la Hna. Pilar.

Túmulo: en estas urnas y por separado, se conservaron los restos mortales de las tres beatas hasta su beatificación.



Procesión de las reliquias, por las calles de Guadalajara.

San Juan de la Cruz, altar lateral.

Relicario con reliquia de las tres mártires.

Santa Teresa de Jesús.

San Elías, profeta.

San José, preside el altar mayor.

Nuestra Madre Santísima.

Espadaña del Carmelo de San José de Guadalajara.

Coro bajo: visto desde fuera.

Fachada.

Coro: con la actual comunidad durante la oración.

Imagen de las Beatas en uno de los patios del monasterio

Virgen de Lourdes en la huerta del Carmelo.

Exhumación y reconocimiento de las reliquias de las beatas. CCDD de San José de Guadalajara.

Exhumación: en la foto, el Postulador General de la Orden, Rev. Padre Simeón de la Sagrada Familia OCD. CCDD de San José de Guadalajara.

↑ Exhumación: el forense muestra la escápula de la Bta. Teresa, alcanzada por la espalda por una ráfaga de disparos

↓ Colocación de las reliquias de las beatas en su nuevo sepulcro.

San Juan Pablo II presidió los actos solemnes de la beatificación. En la foto, con Joaquín, nieto de una hermana de la Bta. María Ángeles.

San Juan Pablo II junto a Felipe Sáinz de Baranda, entonces prepósito general de los Carmelitas Descalzos, Gaudencio, hermano de la Bta. Teresa y Felisa, su esposa.

Solemne ceremonia de beatificación. Ciudad del Vaticano (Italia).

Detalle del nuevo sepulcro de las beatas.

TOTUS CARIST

REVISTA DIGITAL DE CATÓLICOS POR TU WEB

31

Bibliografía

- Arteaga Falguera, Sor Cristina de la Cruz. *El Carmelo de San José de Guadalajara y sus tres azucenas.* Madrid: Editorial de Espiritualidad, s. f.
- Carmelitas Descalzas de San José de Guadalajara. Deseos realizados. *Escritos autógrafos de las Beatas Mártires M.ª Pilar de San Francisco de Borja, Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz y M.ª Ángeles de San José. Guadalajara*: Carmelitas Descalzas de San José, 2003. Con las debidas licencias. Depósito Legal GU-610-2003. Imp. JFM, S. L., Cabanillas del Campo, Guadalajara.
- Rodríguez, José Vicente. *Nuevos diálogos de Carmelitas en Guadalajara. Hermanas mártires: Pilar - Teresa - María Ángeles.* 2.ª ed. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1987.
- De Pablo Maroto, Daniel, OCD. *"Martirio en Guadalajara (España). Relato de una testigo".* Revista de Espiritualidad 68 (2009): 207-243. El artículo edita el manuscrito Odisea de las Carmelitas Descalzas de San José de Guadalajara, atribuido a la hermana María Teresa del Sagrado Corazón, testigo de los acontecimientos de 1936-1939.
- Conferencia Episcopal Española, Secretariado de la Comisión Episcopal para la Liturgia. *Calendario Litúrgico-Pastoral 2024-2025. Ciclo C, año impar.* Madrid: Libros Litúrgicos, 2024. Consultado para la referencia litúrgica de las Beatas Mártires Carmelitas de Guadalajara en el calendario propio.
- *El convento de San Juan Bautista de Carmelitas Descalzas de Arenas de San Pedro y su traslación a Guadalajara.* Artículo académico consultado para el contexto histórico de la fundación de Arenas, la traslación a Guadalajara en 1615 y el cambio de advocación a San José bajo el patronazgo de los duques del Infantado.

CARMELITAS DESCALZAS
MONASTERIO DE SAN JOSÉ

C/ Ingeniero Mariño, 8
19001 – Guadalajara (España)
martiresdeguadalajara@gmail.com

www.catolicosportuweb.es

WEB RECOMENDADA:

martiresdeguadalajara.net

CARIS✝ es un servicio de CXTW para la visibilización carismática de la Iglesia. © Todos los derechos reservados.